

sura 

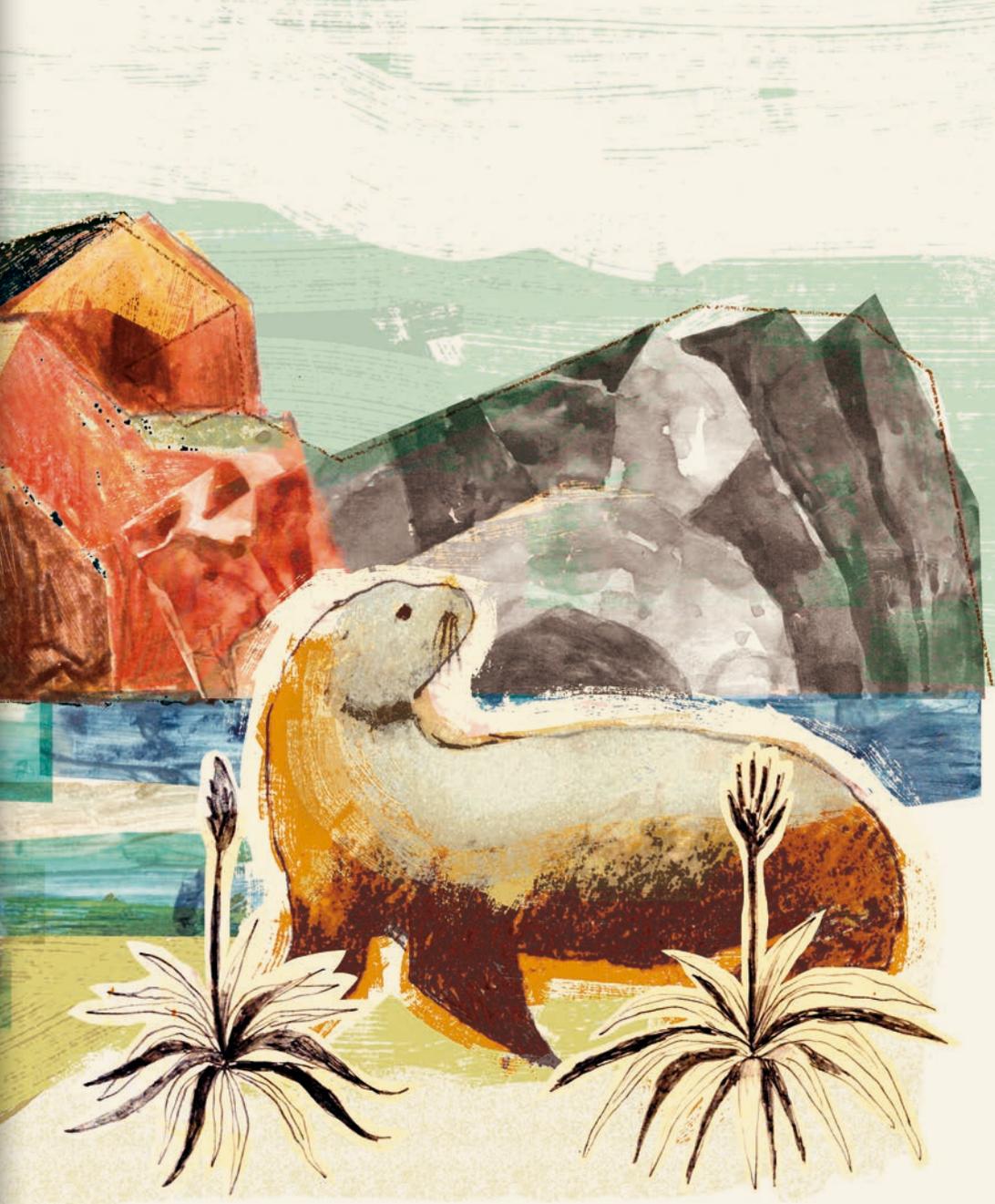


Perú

cuenta

Perú nos da la bienvenida a un panorama que se mueve entre las tonalidades profundas de la selva, las alturas brumosas de la sierra y la hondura del mar. Tan variados como sus paisajes son los relatos escritos a lo largo y ancho de un territorio testigo de culturas ancestrales, de la disputa entre diferentes lenguas y cosmogonías y del florecimiento de vanguardias literarias, que han hecho figurar a sus creadores entre los más sobresalientes de la región. Esta compilación trae a la memoria sonidos antiguos y recientes, que abarcan con su diversidad un país lleno de riqueza inexplorada, de misterios y claves para entender el devenir de Latinoamérica.







Perú

cuenta

Amarilis · Ana Varela Tafur
Angélica Palma Román · Clorinda Matto de Turner
César Vallejo · Inca Garcilaso de la Vega
José María Arguedas · José María Eguren
José Santos Chocano · Lastenia Larriva de Llona
Manuel Beingolea · Pueblo Ashaninka
Pueblo Awajún · Pueblo Kakataibo
Ricardo Palma

Ilustraciones de
Carolina Bernal

Perú cuenta

© 2023, del texto: Amarilis, Ana Varela Tafur, Angélica Palma Román, Clorinda Matto de Turner, César Vallejo, Inca Garcilaso de la Vega, José María Arguedas, José María Eguren, José Santos Chocano, Lastenia Larriva de Llona, Manuel Beingolea, Pueblo Ashaninka, Pueblo Awajún, Pueblo Katataibo, Ricardo Palma

© 2023, de la ilustración: Carolina Bernal

© 2023, de esta edición: Grupo de Inversiones Suramericana S. A., Grupo SURA

Autores:

Amarilis

Ana Varela Tafur

Angélica Palma Román

Clorinda Matto de Turner

César Vallejo

Inca Garcilaso de la Vega

José María Arguedas. Copyright © Sybila Arredondo de Arguedas

José María Eguren

José Santos Chocano

Lastenia Larriva de Llona

Manuel Beingolea

Pueblo Ashaninka

Pueblo Awajún

Pueblo Katataibo

Ricardo Palma

Ilustradora: Carolina Bernal

Asesoría literaria: Renato Sandoval Bacigalupo

Edición y diseño: Tragaluz editores

Impresión: Marquillas S. A.

ISBN 978-958-53746-7-6

Primera edición, noviembre de 2023

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Gonzalo Alberto Pérez Rojas

Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid

Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas

Presidente de SURA Asset Management

Comité Cultural

Miembros externos

Carlos Arturo Fernández Uribe

Juan Luis Mejía Arango

Juliana Restrepo Tirado

Miembros internos

Ana Cristina Abad Restrepo

Jennifer Murillo Mendoza

Juliana Andrea Henao Alcaraz

Paula Cecilia Villegas Hincapié

Ricardo Jaramillo Mejía

Contenido

Presentación	8
-------------------------------	---

La costa

Los incas ajedrecistas	13
---	----

Ricardo Palma

La canción del camino	20
--	----

José Santos Chocano

El cuento del sepulturero	26
--	----

Lastenia Larriva de Llona

Mi corbata	40
-----------------------------	----

Manuel Beingolea

Lied IV, Favila	52
----------------------------------	----

José María Eguren

La moda y el diablo	56
--------------------------------------	----

Angélica Palma Román

La sierra

La poesía de los incas amautas, que son filósofos, y harauicus, que son poetas	67
---	----

Inca Garcilaso de la Vega

Una mujer en sus calzones	75
--	----

Clorinda Matto de Turner

Epístola a Belardo (Lope de Vega)	81
Amarilis	
Los ríos profundos	87
José María Arguedas	
El vencedor	100
César Vallejo	
El mito de Inkarrí	108
Pueblos originarios	
La selva	
Orilla, Nuestros archivos, A veces los ríos	112
Ana Varela Tafur	
La guerra de los animales.	117
Pueblo Kakataibo	
El tigre y el kirikincho	123
Pueblo Ashaninka	
El brazo del diablo (Iwanchi kuntuji ichinkamu)	127
Pueblo Awajún	
 <i>La ilustradora</i>	 135
Carolina Bernal	

Presentación

Una nación es una historia contada a muchas voces. Unos eligen un nombre, otros una frontera que delimita un territorio compartido, algunos más escriben una historia común. Con el tiempo, tendemos a olvidar que esos límites y esos hitos son versiones que podríamos reinventar a través de relatos como los que reúne la colección Latinoamérica Cuenta, que viaja por los países en los que SURA tiene presencia y este año aterriza en Perú.

La literatura es una de esas fuentes –móvil y polifónica–, en la cual profundizar en busca de los relatos que han influido en cómo valoramos el azar de ocupar este y no otro punto de la Tierra. A la luz de las historias, los accidentes geográficos se convierten en el motivo que da origen a los diferentes pueblos: una montaña puede ser una diosa dormida; un río, un padre generoso; los animales, pares aventureros del camino. Los relatos se han actualizado y la naturaleza, además de hablarnos, se ha convertido en compañera en la búsqueda de lo común.

Tanto ayer como hoy, las historias no han cesado el intento de responder a nuestras ansias de encontrar unidad, de llegar a acuerdos, de conducirnos por senderos compartidos.

Enfocarnos en la producción literaria de un país como Perú, nos permite reflexionar hondamente sobre cómo la literatura puede enmarcar la imagen que un pueblo tiene de sí mismo y de sus circunstancias. Intentar entender cómo un mito de origen puede influir en las maneras de ser, o cómo la mixtura de lenguas puede dar cabida a una nueva concepción del mundo. El mestizaje, la violencia, el resurgimiento de una sociedad, pasados por literatura, dibujan un mapa de entendimiento que invita a prestarle atención a qué relatos contamos y cómo ellos nos cuentan a nosotros.

Grupo Empresarial SURA



Perú
cuenta

Región
La costa

– Cuento –

Los incas ajedrecistas

Ricardo Palma

La costa

Es una estrecha franja longitudinal de unos 2500 km, que se despliega entre las estribaciones occidentales de la cordillera de los Andes y el océano Pacífico. Tal vez por ser un terreno árido, aunque aliviado por fructíferos valles que se suceden por intervalos, no pocos estudiosos la consideran como la continuación del desierto de Atacama, que empieza –o termina– en Coquimbo, Chile. Espacio rico en culturas precolombinas de alto desarrollo, donde la historia se remonta hasta la cultura Caral, con cinco mil años de antigüedad, pasando por otras posteriores y del mismo calibre como las culturas Chavín, Mochica, Chimú, Ichma, Paracas y Nazca. Recorrerla en su totalidad por la carretera Panamericana es un viaje por un país viejo, como decía el historiador y antropólogo Luis E. Valcárcel, pero que con el trayecto se va haciendo más y más joven.

Ricardo Palma

(Lima, 1833 - 1919). Famoso principalmente por sus relatos cortos de ficción histórica reunidos en una serie de libros conocidos como *Tradiciones peruanas* (1872-1910), cultivó prácticamente todos los géneros literarios. En 1883, tras la Guerra del Pacífico, fue nombrado director de la Biblioteca Nacional. Su abnegada labor de reconstruir dicha institución -solicitando libros a muchos países- le valió el apelativo de «el bibliotecario mendigo». Para Augusto Tamayo Vargas, «la vida y la obra de Palma están indisolublemente ligadas a la incesante búsqueda de lo nacional. [...] Es en sus *Tradiciones*, el país se reconoce en su imagen, mitad díscola, mitad irreverente, a ratos nostálgica, predominantemente pícaro, pero de todas maneras propia».



I

Atahualpa

Al doctor Evaristo P. Duclos, insigne ajedrecista

Los moros, que durante siete siglos dominaron en España, introdujeron en el país conquistado la afición al juego de ajedrez. Terminada la expulsión de los invasores por la católica reina Isabel, era de presumirse que, con ellos, desaparecerían también todos sus hábitos y distracciones; pero lejos de eso, entre los heroicos capitanes, que en Granada aniquilaron el último baluarte del islamismo, había echado hondas raíces el gusto por el tablero de las sesenta y cuatro casillas o *escaques*, como en heráldica se llaman.

Pronto dejó de ser el ajedrez el juego favorito y exclusivo de los hombres de guerra, pues cundió entre la gente de Iglesia, abades, obispos, canónigos y frailes de campanillas. Así, cuando el descubrimiento y la conquista de América

fueron realidad gloriosa para España, llegó a ser como patente o pasaporte de cultura social para todo el que al Nuevo Mundo venía investido con cargo de importancia, el verlo mover piezas en el tablero.

El primer libro que sobre el ajedrez se imprimiera en España apareció en el primer cuarto de siglo posterior a la conquista del Perú, con el título: *Invención liberal y arte de axedrez, por Ruy López de Segovia, clérigo, vecino de la villa de Zafra*, y se imprimió en Alcalá de Henares en 1561. Ruy López es considerado como fundador de teorías y a poco de su aparición se tradujo el opúsculo al francés y al italiano.

El librito abundó en Lima hasta 1845, poco más o menos, en que aparecieron ejemplares del *Philidor*, y era de obligada consulta allá en los días lejanísimos de mi pubertad, así como el *Cecinarica* para los jugadores de damas. Hoy no se encuentra en Lima, ni por un ojo de la cara, ejemplar de ninguno de los dos viejísimos textos.

Que muchos de los capitanes que acompañaron a Pizarro en la conquista, así como los gobernadores Vaca de Castro y La Gasca, y los primeros virreyes Núñez de Vela, marqués de Cañete y el conde de Nieva, distrajeran sus ocios en las peripecias de una partida, no es cosa que llame la atención desde que el primer arzobispo de Lima fue tan vicioso en el juego de ajedrez, que hasta llegó a comprometer, por no resistirse a tributarle culto, el prestigio de las armas reales. Según Jiménez de la Espada, cuando la Audiencia encomendó

a uno de sus oidores y al arzobispo don fray Jerónimo de Loayza la dirección de la campaña contra el caudillo revolucionario Hernández Girón, la masa popular del campamento realista zahirió la pachorra del hombre de toga y la afición del mitrado al ajedrez con este cantarillo, pobre en rima, pero rico en verdades:

*El uno jugar y el otro dormir,
¡oh, qué gentil!*

*No comer ni apercibir,
¡oh, qué gentil!*

*Uno ronca y el otro juega...
¡y así va la brega!*

Los soldados, entregados a la inercia en el campamento, y desatendidos en la provisión de víveres, principiaban ya a desmoralizarse, y acaso el éxito habría favorecido a los rebeldes si la Audiencia no hubiera tomado el acuerdo de separar al oidor marmota y al arzobispo ajedrecista.

(Nótese que he subrayado la palabra *ajedrecista*, porque el vocablo, por mucho que sea de uso general, no se encuentra en el *Diccionario de la Academia*, como tampoco existe en él el *ajedrista*, que he leído en un libro del egregio don Juan Valera.)

* * *

Se sabe, por tradición, que los capitanes Hernández de Soto, Juan de Rada, Francisco de Chávez, Blas de Atienza y el tesorero

Riquelme se congregaban todas las tardes, en Cajamarca, en el departamento que sirvió de prisión al Inca Atahualpa desde el 15 de noviembre de 1532, en que se efectuó la captura del monarca, hasta la antevíspera de su injustificable sacrificio el 29 de agosto de 1533.

Allí, para los cinco nombrados, y tres o cuatro más que no se mencionan en sucintos y curiosos apuntes (que a la vista tuvimos, consignados en rancio manuscrito que existió en la antigua Biblioteca Nacional), funcionaban dos tableros, toscamente pintados sobre la respectiva mesita de madera. Las piezas eran hechas del mismo barro que empleaban los indígenas para la fabricación de idolillos y demás objetos de alfarería aborigen, que hogaño se extraen de las *huacas*. Hasta los primeros años de la república no se conocieron en el Perú otras piezas que no fueran las de marfil, que remitían, para la venta, los comerciantes filipinos.

Honda preocupación abrumaría el espíritu del Inca en los dos o tres primeros meses de su cautiverio, pues aunque todas las tardes tomaba asiento junto a Hernando de Soto, su amigo y amparador, no daba señales de haberse dado cuenta de la manera como actuaban las piezas ni de los lances y accidentes del juego. Pero una tarde, en las jugadas finales de una partida empeñada entre Soto y Riquelme, hizo ademán Hernando de Soto de movilizar el caballo, y el Inca, tocándole ligeramente en el brazo, le dijo en voz baja:

—No, capitán, no... ¡El castillo!

La sorpresa fue general. Hernando, después de breves segundos de meditación, puso en juego la torre, como le aconsejara Atahualpa, y pocas jugadas después sufría Riquelme el inevitable mate.

Después de aquella tarde, y cediéndole siempre las piezas blancas en muestra de respetuosa cortesía, el capitán don Hernando de Soto invitaba al Inca a jugar una sola partida, y al cabo de un par de meses el discípulo era ya digno del maestro. Jugaban de igual a igual.

Comentábase, en los apuntes a que me he referido, que los otros ajedrecistas españoles, con excepción de Riquelme, invitaron también al Inca; pero este se excusó siempre de aceptar, diciéndoles por medio del intérprete Felipillo:

–Yo juego muy poquito y vuestra merced juega mucho.

La tradición popular asegura que el Inca no habría sido condenado a muerte si hubiera permanecido ignorante en el ajedrez. Dice el pueblo que Atahualpa pagó con la vida el mate que, por su consejo, sufriera Riquelme en memorable tarde. En el famoso consejo de veinticuatro jueces, consejo convocado por Pizarro, se impuso a Atahualpa la pena de muerte por trece votos contra once. Riquelme fue de los trece que suscribieron la sentencia.

Tomado de Palma, Ricardo. (1910). Los incas ajedrecistas. En *Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas*. Barcelona: Casa Editorial Maucci.

– Poesía –

La canción del camino

José Santos Chocano

José Santos Chocano

(Lima, 1875 - Santiago de Chile, 1934). Uno de los poetas hispanoamericanos más importantes, por su poesía épica de tono grandilocuente, muy sonora y llena de color, aunque también produjo poesía lírica de singular intimismo, todas ellas trabajadas con depurado formalismo, dentro de los moldes del modernismo. De vida agitada y tumultuosa en política y en el ambiente cultural, tras una acalorada discusión con el joven escritor Edwin Elmore, le disparó mortalmente. Luego de dos años preso, se exilió en Chile donde fue asesinado por un esquizofrénico decepcionado luego de que Chocano afirmara, falsamente, que él había descubierto un maravilloso aunque inexistente tesoro.

Era un camino negro.
La noche estaba loca de relámpagos. Yo iba
en mi potro salvaje
por la montañosa andina.
Los chasquidos alegres de los cascós,
como masticaciones de monstruosas mandíbulas,
destrozaban los vidrios invisibles
de las charcas dormidas.
Tres millones de insectos
formaban una como rabiosa inarmonía.

Súbito, allá, a lo lejos,
por entre aquella mole doliente y pensativa
de la selva,
vi un puñado de luces como un tropel de avispas.
¡La posada! El nervioso
látigo persignó la carne viva
de mi caballo, que rasgó los aires

con un largo relincho de alegría.
Y como si la selva
lo comprendiese todo, se quedó muda y fría.

Y hasta mí llegó, entonces,
una voz clara y fina
de mujer que cantaba. Cantaba. Era su canto
una lenta... muy lenta... melodía:
algo como un suspiro que se alarga
y se alarga y se alarga... y no termina.

Entre el hondo silencio de la noche
y a través del reposo de la montaña, oíanse
los acordes
de aquel canto sencillo de una música íntima,
como si fuesen voces que llegaran
desde la otra vida...

Sofrené mi caballo;
y me puse a escuchar lo que decía.

-Todos llegan de noche,
todos se van de día...
Y formándole dúo,
otra voz femenina

completó así la endecha
con ternura infinita:

–El amor es tan solo una posada
en mitad del camino de la Vida...

Y las dos voces luego
a la vez repitieron con amargura rítmica:

–Todos llegan de noche,
y todos se van de día...

Entonces, yo bajé de mi caballo
y me acosté en la orilla
de una charca.

Y fijo en ese canto que venía
a través del misterio de la selva,
fui cerrando los ojos al sueño y la fatiga.
Y me dormí arrullado; y, desde entonces,
cuando cruzo las selvas por rutas no sabidas,
jamás busco reposo en las posadas;
y duermo al aire libre mi sueño y mi fatiga,
porque recuerdo siempre
aquel canto sencillo de una música íntima:

-Todos llegan de noche,
todos se van de día.
El amor es tan solo una posada
en mitad del camino de la Vida...

Tomado de Chocano, José Santos. (1908). La canción del camino. En *¡Fiat Lux! (poemas varios)*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas.

– Cuento –

El cuento del sepulturero

Lastenia Larriva de Llona

Lastenia Larriva de Llona

(Lima, 1848 - 1924). En 1919 publicó el que sería el primer libro de relatos escrito por una peruana y el mejor de toda su obra narrativa y periodística: *Cuentos*. También podría ser considerada como una de la pioneras del cuento fantástico en el Perú. Sobre su consolidación en la narrativa temprana del Perú, Isabelle Tauzin decía que su línea escritural «coincide con las orientaciones de la prosa modernista y decadentista de los peruanos Valdelomar y Clemente Palma, entre otros autores novecentistas».

–¿La muerte es un bien?

–¿La muerte es un mal?

–La muerte es el peor de los males.

–¿Para quién? ¿Para el que muere? ¿Para los que sobreviven?

–Para el que deja por siempre esta vida, que por mucho que en contra de ella se diga, es siempre amable.

–Para los que aquí se quedan, si el que ha muerto era muy amado de ellos.

–De la muerte del ser más querido se consuelan todos, más pronto o más tarde.

–Es sabia ley de la naturaleza.

–Sin embargo, se dan casos...

–Cuando existe o sobreviene un desequilibrio mental: las personas de cerebro bien organizado se consuelan siempre.

–¿Es eso un elogio o un reproche?

–Ni una ni otra cosa. Es simplemente hacer constar un hecho.

—¿No cree usted que hay muchas personas que desearían ardientemente que resucitaran sus deudos, a ser esto posible?

—No, no lo creo.

—¡Escéptico!

—¡Este hombre es terrible!

—Desengáñense ustedes: bien están los muertos en sus tumbas.

—¿Se ha muerto usted alguna vez?

—Todavía no; pero para cuando llegue el caso, no quiero resucitar. Afortunadamente no anda ya Nuestro Señor por el mundo, pues no desearía ser un nuevo Lázaro.

—Porque no es usted casado...

—Porque no tiene usted hijos...

—Porque no tiene usted madre...

—Porque no tengo madre: eso es. Solo los que tienen madre pueden volver a la vida con la esperanza de ser bien recibidos.

—Según eso: ¿no cree usted en el amor de los hermanos, ni en el de los hijos, ni en el de las esposas, más allá de la tumba?

—En lo que no creo es en el deseo sincero y ardiente de los vivos de que vuelvan los que les dieron su eterna despedida, sobre todo, pasados los primeros días de agudo dolor. Y aun me atrevo a afirmar una cosa, y es que si los muertos

resucitados no serían bien recibidos, debería esto no solo a la falta de amor de sus deudos, sino, en muchos casos, a la falta de merecimientos de aquellos.

–Sí, tratándose de los malos...

–Y también de los que pasaron por buenos, de los muy llorados...

–¡Hombre! pero si han sido muy llorados... A menos que después de llorar una mujer a su marido, por ejemplo, venga a notar los defectos de que adolecía.

–Exactamente.

–Sin embargo, lo que por lo general se observa es que se elogia a todos los muertos hasta la exageración.

–Signo de cobardía social; de la debilidad humana, en general. Además por malos que hayan sido con nosotros los que ya no existen, puesto que la muerte nos vengó de ellos, ya nada nos cuesta el elogiarlos. ¡Si a tan poca costa nos hubiéramos de librar de todos nuestros enemigos, no se cansaría nuestra lengua de cantar sus alabanzas en hiperbólicas necrologías! Y a propósito, sé un cuentecillo.

–¡Pues a contarlo, a contarlo!

–Escuchadme.

Todos los que de sobremesa sostenían esta conversación filosófico-psicológica y que habían escuchado con creciente interés a aquel de ellos que con sus apreciaciones daba muestra de mayor pesimismo, lo miraron con curiosidad, y

se le aproximaron, dispuestos a no perder una sílaba del relato que ya parecía palpitar en sus labios.

Él, sin disimular esa satisfacción que produce siempre en el ánimo del que habla, tener atento auditorio, comenzó así:

–El sepulturero de mi pueblo era un ser original. Ejercía su lúgubre oficio desde antes de que yo naciera y, a pesar de dicho oficio y de las rarezas de su carácter, que eran inofensivas, todos lo querían en el lugar. Era yo, de chiquillo, uno de sus predilectos amigos, tal vez porque me hallaba siempre dispuesto a escuchar sus extrañas historias, que a menudo tenían origen en las alucinaciones de que padecía.

Era un hombre que, en medio de sus extravagancias, no carecía de cierta cultura, y, por lo tanto, no pude explicarme nunca, ni me explico hoy mismo, el por qué había elegido, o aceptado, el poco envidiable empleo que desempeñaba. Indudablemente era esta una prueba de que su cerebro no era normal.

Ya he dicho que sus cuentos me divertían, y después de mis largos paseos, solía entrar a hacerle compañía por un buen rato en esa silenciosa ciudad de que era guardián.

En una hermosa tarde –era ya yo un adolescente–, sentados ambos sobre una tumba, a la sombra de los cipreses y de cara al sol poniente, cuyos rayos ya casi horizontales doraban las enhiestas cimas de esos árboles amigos y compañeros de los muertos, me contó la macabra escena que había

presenciado la noche anterior, y aunque comprendí yo que era solo producto de su imaginación enfermiza, me causó su relato tan honda impresión que jamás se ha borrado de mi memoria.

Debo advertiros, antes de dejarle a él la palabra, que Lorenzo –este era su nombre– estaba tan familiarizado con sus muertos que solía dormir entre ellos, ya junto a una sepultura, ya junto a otra, en cualquiera de las fúnebres avenidas en que lo tomaba la hora del descanso.

Y ahora, oíd su historia que, como os he dicho ya, tengo tan presente, que creo podré repetíroslo sin quitar ni añadir palabra.

–Día muy agitado fue el de ayer, como que estuvimos a 2 de noviembre. La noche, sobre todo. La noche ha sido terrible para mí.

Así comenzó él. Yo lo invité a que siguiera y no volví a interrumpirlo hasta que concluyó.

–Las visitas que habían recibido mis huéspedes –prosiguió, refiriéndose a los muertos– los tenían inquietos y malhumorados. Su reposo había sido turbado y no podían recuperarlo. Las protestas de cariño eterno que a través de la losa sepulcral habían escuchado de parientes y amigos, las lágrimas que se habían filtrado por los intersticios de las lápidas, habían hecho renacer en ellos el deseo de la vida y de aquí que prorrumpieran en clamorosos ayes y que los más

ardientes ruegos al Todopoderoso turbaran el acostumbrado silencio de estos lugares.

Al principio hablaba y se quejaba cada uno aisladamente dentro de su tumba; después comenzaron a comunicarse sus impresiones.

Primero fueron monólogos; en seguida diálogos.

–¡Mis pobres hijos! ¡Cuánto han llorado hoy! ¡Y que no me sea permitido ir a enjugar su llanto!

–¡Mi mujer! ¡Mi inconsolable esposa! ¡Si el Señor me concediera la gracia de que fuera a hacerle una visita!

–Yo no tenía más que a mi hija –gritaba una voz femenina–. Solas, desamparadas, trabajábamos juntas para vivir. ¿Qué será de ella desde que le faltó? ¡Señor, Señor, muy cruel ha sido tu decreto! ¡Haz que vuelva a la vida, para el consuelo de la hija de mis entrañas!

–Vosotros todos habíais cumplido vuestra misión en la tierra –sollozaba otra voz de mujer–; pero yo, ¡yo que he muerto a los dieciocho años!... ¡Yo que he dejado a mi novio en la más horrible desesperación!... ¡Yo soy la que tengo el derecho de reclamar unos años más de existencia!

–Todos queremos volver a la vida.

–Todos.

–Todos –gritaron muchas veces a la vez.

El Ángel de la Muerte, ese bello Ángel de la Muerte, que se yergue sobre su hermoso pedestal en medio de la gran

avenida, se volvió lentamente hacia los sepulcros de donde salían las quejas. Separó de sus labios el dedo que sobre ellos tiene en actitud de imponer silencio, y se oyeron estas frases solemnes, que resonaron con eco pavoroso en medio de la noche en la fúnebre mansión:

—El Dios de la Eternidad, el Dios uno y trino, permite volver a tomar la forma humana a todos los que así lo deseen; pero a condición de que solo permanecerán bajo ella los que sean bien recibidos por sus deudos. Los demás volverán aquí, para caer de nuevo en sus sepulcros. La prueba ha de hacerse esta misma noche. Levantaos y andad.

Se hizo otra vez el silencio y recobró el Ángel de piedra su inmovilidad acostumbrada.

Comenzaron a abrirse los sepulcros.

En sus bocas tenebrosas fueron apareciendo sus habitantes. Despojándose rápidamente del sudario, los esqueletos tomaban sus antiguas formas.

En este momento asomó la luna su faz plateada por entre los altos cipreses. Su luz pálida y misteriosa fue a reflejarse sobre el mármol de las tumbas, dándoles un aspecto fantástico.

De esta salía un viejo de figura venerable; de la de más allá, un hombre en la fuerza de la edad, gallardo y simpático. Ya aparecía una anciana caduca; ya una bellísima adolescente. Y también figuras repelentes; hombres y mujeres

marcados con el sello de los vicios y de las pasiones más repugnantes. Vi a uno, sobre todo, a un mocetón, hasta de unos veinticinco años, con la fisonomía más repulsiva que darse pueda. Tenía una expresión bestial, si expresión puede llamarse a la revelación, por medio de innobles gestos, de los más perversos instintos de que es capaz el alma humana. Había sido un beodo consuetudinario, un ebrio impulsivo que maltrataba a diario a su propia madre y que tal vez en castigo de su infame conducta fue asesinado una noche en una orgía.

Todos en larga hilera, en no interrumpida procesión, caminando con cierta rigidez cadavérica, comenzaron a desfilar por delante del Ángel de la Muerte, y a cada paso que daban, iba aumentando su número.

Era el éxodo de los muertos.

Pronto se perdieron por las calles que hacia afuera de esta triste mansión conducen.

Atónito yo, ante semejante despoblamiento, alcé los ojos asombrados hacia el Ángel de la Muerte, autor inmediato del desconcierto.

Volvieron a moverse sus labios pétreos.

—No tardarán en regresar a este recinto—dijo, contestando a mi muda interrogación—, porque no hallarán quien los recibiera de buena voluntad.

—¿Y todos esos que vienen a llorar ante sus tumbas; todos esos que traen flores y tarjetas? —me atreví a preguntar—, ¿mienten todos? ¿Fingen un dolor que no sienten?

—Sobre eso habría mucho que decir. Algunos lo sienten verdaderamente, otros no. Pero entre estos últimos se encuentran muchos a quienes no puede tachárseles de hipócritas, sin embargo. Maridos y mujeres hay que muestran un gran dolor por la muerte de sus respectivos cónyuges, y este sentimiento que aparentan no es una hipocresía sino una generosidad que va más allá de la tumba. Fueron infelices en su matrimonio y no quieren confesarlo después de muerto aquel o aquella que fue su verdugo, sino que siguen ocultándolo, como lo ocultaron mientras vivió. Es una especie de pudor y como tal, digno de respeto.

A la verdad —continuó diciendo el sepulturero—, no sé si todo esto me lo dijo real y efectivamente el Ángel de la Muerte o me lo sugirió mi propia imaginación extraordinariamente exaltada en esos momentos por las excepcionales circunstancias; pero el hecho es que yo obtuve la respuesta a mis dudas de un modo claro y preciso.

Vibraban aún en mis oídos las últimas frases de ella, cuando vi que avanzaba hacia nosotros el mismo compacto grupo de personas que había salido del cementerio pocos momentos antes. Ya estaba de regreso.

A la cabeza del grupo venía el anciano y caminaba con tal celeridad que claramente demostraba que más prisa tenía por volver a su antiguo reposo, que la que había tenido por abandonarlo.

–¡He visto a mis hijos! –gritaba–. Desde que yo faltó, se han casado los tres. Se repartieron mi fortuna, y cada cual vive feliz. He ido a las tres casas y los he visto sin que me vieran ellos. No me rechazarían, probablemente; pero no les hago falta. Sus mujeres, que no me han conocido, no tienen por qué amarme. A sus hijos, que no me han visto jamás, tal vez les inspiraría miedo mi semblante adusto y lleno de arrugas. Me he regresado presuroso: bien me estoy en mi tumba.

–Yo he visto a mi mujer –dijo el que seguía, que era el apuesto joven–. ¡Ojalá no hubiera salido de mi ataúd! No vive ahora con el lujo al que yo la tenía acostumbrada. En humilde cuarto estaba y todos nuestros hijos dormían apaciblemente en la misma estancia. Ella velaba y cosía. De cuando en cuando caía de sus cansados ojos una lágrima que iba a perderse en la tela en que trabajaban sus enflaquecidas manos. Pensé que lloraba por mí y ya iba a revelarle mi presencia cuando por su frente blanca y pura como su conciencia, vi pasar sus pensamientos y he aquí lo que en ellos leí:

–¡Déjame llorar de gratitud, Dios mío! Mucho amé a mi Alfonso, mucho sentí su muerte; pero hoy comprendo tu

misericordia infinita al decretarla y te doy gracias desde lo íntimo de mi alma. Ahora me doy cuenta de que se hallaba él al borde de un horrible abismo, el abismo de los vicios, y de que allí se habría sepultado irremisiblemente a haber vivido algún tiempo más; y mis pobres e inocentes hijos, que hoy veneran su memoria, habrían quedado deshonorados y aún, quizás, hubieran seguido sus funestos ejemplos... ¡Gracias, Señor, gracias! Mucho le amé, pero tu sabiduría admiro y tu misericordia alabo...

Y de un salto se hundió de nuevo el mozo en su abierto sepulcro.

—¡Es más dichosa que cuando yo vivía!... —venía diciendo la viejecita, entre sollozos desgarradores— ¿Cómo no adiviné que se sacrificaba por mí? ¡Se ha casado! Estaba enamorada desde que yo existía; pero ocultaba su amor por no abandonarme, ni despertar los celos de mi cariño. Su marido es pobre, pero la hace dichosa. ¿Para qué había de presentármelo? No me necesita. Vuelvo a ponerme mi sudario.

—¡A la tumba! ¡A la tumba! —gritaba la bella adolescente, que en pos de los otros venía—; creí encontrar desesperado a mi novio —prosiguió, vertiendo abundantes lágrimas—, a mi novio, que aseguraba morir si yo le faltaba, y le encuentro jurando amor eterno a su nueva futura! ¡A la tumba! ¡A la tumba! ¡No hay amores eternos en el mundo!...

–¿Así es que volvéis completos? –preguntó con su voz grave, pero en la que se advertía cierto acento irónico, el Ángel de la Muerte.

–No todos: se ha quedado uno –contestó el último de los del grupo que había emigrado de esta mansión de la paz.

–¿Cuál?

–Santiago: aquel que fue asesinado en una orgía; el que golpeaba a su madre.

–¿Y quién lo recibió?

–Ella. Apenas lo vio, se abalanzó hacia él, abrazándolo tan fuertemente que no habría sido posible arrancarlo de sus brazos. Ni él lo pretendió. ¡Hay diferencia entre el duro y frío ataúd y los amorosos brazos de una madre!...

Calló Lorenzo, y yo callo también –concluyó el narrador–. ¿No os parece que tuve razón al deciros que solo los que tienen madre pueden resucitar?

Tomado de Larriva de Llona, Lastenia. (1919). El cuento del sepulturero. En *Obras completas. Tomo II. Cuentos*. Lima: Imprenta del Estado Mayor General del Ejército.

– Cuento –

Mi corbata

Manuel Beingolea

Manuel Beingolea

(Lima, 1881 - 1953). Periodista y narrador modernista tardío. Su primera novela *Bajo las lilas* –un agudo análisis de las costumbres modernas de la burguesía limeña– se publicó en 1923, es decir, justo hace un siglo. Sus *Cuentos pretéritos* (1933) tocan una variedad de temas, pues algunos son de corte histórico, y otros, ciudadanos. Aportó a la literatura peruana la configuración del cuento bajo nuevas normas, género en el que poco después destacarían Abraham Valdelomar y Enrique López Albújar. Mariátegui lo definió como «cuentista de fino humorismo y de exquisita fantasía que cultiva el decadentismo de lo raro y lo extraordinario».

Me la regaló Marta, una provincianita a quien seduje con mi aplomo y mis modales de limeño. Estaba hecha de un retazo de seda rosa, oriundo quizá de algún vestido en receso, y sobre ella la donante había bordado con puntadas gordas e ingenuas multitud de florecillas azules, que no pude reconocer si eran miosotis. Me la envió encerrada en una caja de jabón de Windsor, que olía muy bien.

Yo por aquel tiempo era un pobrete que me comía los codos y andaba de Ceca en Meca, galopando tras un empleo en alguna oficina del Estado. Ser amanuense era entonces mi mayor ambición. Cincuenta soles de sueldo eran para mí inestimable tesoro, que solo muy escasos mortales podían poseer. ¡Oh, cincuenta soles de sueldo! ¡Con esa suma asegurada hubiera yo doblado el cabo de la felicidad! ¿Qué cómo? Cuando se es amado, a pesar de ser pobre, una gran confianza en el porvenir nos alienta. Y la dulce serranita me amaba. Muchos pretendientes había despachado por mi causa. Felices horteras endomingados que le hacían la

rueda, mientras le vendían media vara de surah o un corte de indiana. Así como así, eran mejores que yo los tales horteras, desde el punto de vista matrimonial. Tenían regulares sueldos y lo que ellos llamaban «las rebuscas», cosas que, probablemente yo, me moriría sin conocer. Pero Marta los mandaba a paseo sin escucharlos siquiera. Solo yo era el preferido. Quizá me encontraba distinto también a los jóvenes de su tierra, sentimentales y turbulentos. A mí no me disgustaba la muchacha. Tenía bonito pelo, ojos tiernos, y tocaba en el piano «Al pie del Misti» con bastante sentimiento. ¡Con ella y mis cincuenta soles hubiera sido feliz! Lo único que parecía apenarla era mi poca fe, mi carencia de religión.

–¿Cree usted en Dios? –me preguntaba a menudo.

–Naturalmente –le respondía yo.

–No es bastante, es preciso cumplir con la Iglesia, es preciso creer.

La verdad es que yo no creía sino en mi pobreza. Solo se cree en Dios a partir de cincuenta soles de sueldo.

Un día fui invitado sin saber cómo a una reunión. Figuraos mi alborozo cuando recibí la siguiente esquela:

«Grimanesa de Bocardo e hijas tienen el honor de invitar a usted a su casa, Aumente 341, a tomar una taza de té la noche del martes». Y en el reverso: «Señor Idiáquez». ¡Canastos! ¡Una taza de té! Yo que ni siquiera había comido seriamente

aquel día. Parecióme recibir una invitación celestial y me preguntaba si los filetes de oro de la esquelita no serían una insignia angélica. Bocado... Bocado. Nombre sonoro. ¡Qué diablo! Nombre perteneciente sin duda a algún abogado de nota de esos que llevan siempre como cola esta frase: «Lumbrera del foro peruano». Nombre que quizá hace y deshace millones de empleos de cincuenta soles.

Me emperejilé lo mejor que pude, con un chaquet de diagonal ribeteado con trencilla, unos pantalones de esa tela a cuadritos que parece un trazado para jugar al «León y las ovejas»; un chaleco despampanante, escotado hasta el ombligo, dejando al descubierto la dudosa pechera de mi única camisa formal, donde figuraba un grueso botón de doublé y un sombrero hongo de copa no más alta que la cáscara de nuez, de esos que puso en moda en Lima el ya olvidado actor Perrín. Y, en medio de todo esto, resplandeciente como un astro de primera magnitud, mi famosa corbata. Famosa sí. ¡Voto al chápiro!

La casa de Aumente n.º 341 era un majestuoso prodigio de simetría. Constaba de dos ventanas de reja, una a cada lado de la puerta; dos balcones, uno sobre cada ventana. Adentro, dos departamentos, uno a cada lado del zaguán. En el fondo, una mampara de vidrieras con una ventana a cada lado. Todo allí parecía en equilibrio, repartido a ambos lados de alguna cosa, como hecho expofeso para demostrar la

ley de las compensaciones. Entré. Alguien tocaba un vals al piano cuyos fragmentos se escuchaban entre un sordo murmullo. Dejé mi sombrero en una salita y penetré en el salón. Multitud de parejas bailaban atropellándose. Grupos animados conversaban en los rincones, en el hueco de las ventanas; algunos jóvenes se paseaban solos, con las manos entre los bolsillos. Vi, asimismo, niñas a quienes nadie sacaba a bailar, bien por negligencia o por ignorancia del baile. Yo hubiera querido ponerme a las órdenes de la dueña de la casa, como se estila en semejantes ocasiones, pero –la verdad– sentí embarazo. No me atreví a preguntar dónde se la podía encontrar. Una linda morena vestida color malva, sentada en el extremo de un sofá, me cautivó desde el primer instante. Resolví bailar con ella. Cuando se lo propuse, pareció sorprendida y me miró de arriba abajo. Sin embargo, me dijo con amabilidad exquisita:

–Tengo ya compromiso, caballero.

Yo me senté a su lado sin saber qué decirle al pronto. Me concreté a olerla. Y qué bien olía. ¡Voto al chápiro! ¡Qué pobre me pareció Marta con su jabón de Windsor! Esta, en cambio, embriagaba. De su seno elevado y palpitante se escapaban oleadas que me desvanecían. Indudablemente la dicha debía de oler a eso. Empezaba a dirigirla la palabra, cuando un joven se acercó, la dio el brazo y desapareció dejándome lelo. Entonces me juzgué en la obligación de sacar a una

esbelta rubia que mordía nerviosamente el extremo de su abanico. Miróme de hito en hito y me dijo secamente: «Estoy cansada». Luego creí oportuno dirigirme a otra señorita, la cual me dijo, con marcado desdén, lo mismo. Volví a la carga con otra que también me despachó fulminándome con una mirada despreciativa. Recorrí las restantes, a las que acababan de bailar y a las que no habían bailado aún y todas me petrificaban con aquel terrible y descortés: «Estoy cansada». ¡Y lo mejor es que salían con el primero que se les presentaba! Empecé a amoscarme. Me pareció notar que algo chocarrero, existente en mí, me hacía acreedor al desprecio. Entonces sin saber qué partido tomar, rogué a un joven que discurría por allí, y que me infundió confianza (hay rostros así que infunden confianza), que me explicara el caso. Miróme con impertinencia y me dijo: «Tiene usted una corbata imposible. Lo mejor que puede usted hacer es largarse, joven» ¡Corbata imposible! Y me fijé en la de él. En efecto, era una hermosa corbata color de vino, hecha de mano maestra, atravesada por un alfiler de oro.

Salí avergonzado, sin despedirme. ¿De quién me iba a despedir? Tal como había entrado. Nunca he comprendido por qué me invitaron a aquella casa. Quizá por equivocación.

Como es de suponerse, la sangre me hervía. Hubiera deseado aporrear, abofetear, pisotear a alguien. Maquinaba venganza terrible contra la para mí desconocida señora

Bocado. Hubiera deseado decirle: «Venga usted para acá, grandísima tía, ¿con qué objeto me invita a su cochina taza de té, que ni siquiera he bebido?». Y en cuanto a Marta, la muy serrana, ya podía esperarme sentada. ¡Qué ridícula me pareció su corbata! Una corbata que no servía ni para ahorcarse. Que fuera allá con sus horteras. Lo que es yo... ¡que si quieres!

Desde aquel día se presentó a mi mente un mundo elegante y seductor, desconocido hasta entonces. Comprendí que en la vida había algo mejor que empleos de cincuenta soles. Me harté de las perrerías de mi existencia, de las monsergas de mi patrona, de las comidas del restaurante a diez centavos el plato, esas infames comidas con sabor a chamusquina. ¡Ah, qué mundo tan perro! ¡Qué indecencia! ¡Había que salir de él a todo trance, como pudiera, sin reparar en los medios!

Por lo pronto era menester vestir elegantemente y usar corbatas atravesadas por un alfiler de oro. Haciendo acopio de todo el plomo que me quedaba, me lancé donde el mejor sastre de Lima. Me hice confeccionar un traje de chaquet, según la última moda. Di las señas de mi patrona, a quien anticipadamente anuncié un supuesto destino en la Aduana con sueldo fabuloso y esperé los acontecimientos. Mi patrona era viuda de un coronel, cuyo retrato al óleo, obra del pintor Palas, se exhibía en el salón amueblado con buen gusto.

¡Cuán distinto del cuarto que me alquilaba en el interior, donde apenas cabía una cama de dobles! Le rogué, poniéndome grave, que recibiera la ropa que había mandado hacer por cuenta del Ministerio de Hacienda. Cuando oyó «Ministerio de Hacienda» abrió cada ojo la señora... ¡Voto al chápiro! ¡Jamás he mentado con más aplomo!

—¿Supongo que me pagará usted lo atrasado? —me dijo con júbilo.

—Con creces, mi querida señora, con creces —le respondí yo, echándome atrás.

El mejor sastre de Lima no tuvo inconveniente en dejar el traje en el salón de una señora donde se exhibía un retrato tan prócer. Cuando la criada le dijo: «El joven ha salido», hizo la mar de reverencias.

—¡Oh! No había para qué molestarse, mandaría la cuenta —¡bah! Apenas le vi torcer la esquina, me colé a la casa de mi patrona. Ya estaba allí mi traje extendido sobre un sofá. ¡Oh, qué maravilla de traje! Figuraos un chaquet redondeado correctamente, con una gracia mundana singular, una hilera de botones forrados en tela, unas solapas bien alisadas, con poca hombrera. Un chaquet digno de ministro de Hacienda. Corrí a mi tugurio, lo dejé sobre mi camastro y volví donde mi patrona desolado...

—¿Qué necesita usted? —me dijo esta, con tono cariñoso.

–¡Ah! Señora, ¡usted sabe! Mi sueldo no lo recibiré hasta fin de mes... ¡necesito ahora cien soles para ciertos gastos!...

–Con el mayor gusto, Idiáquez –respondíome–. Solo le voy a pedir un favor: si usted puede colocar a mi hijo en su oficina... no es porque necesite nada, mientras yo viva... ¡usted sabe! ... ¡pero! ¡Es tan bonito estar en Aduana!

Le ofrecí destinar a toda su familia. Entonces me dijo: «¿Gusta usted doscientos?». Puse una cara de banquero que teme comprometerse, y por fin le dije: «¡Bueno, vengan!».

Si me hubierais visto volver una hora después, en un coche cargado de camisas, sombreros, pares de botas, bastones y cajas de estupendas y lujosísimas corbatas... Pero prefiero mostrarme en Mercaderes, con mi chaquet, exhibiendo una corbata modelo, atravesada por un alfiler de oro, y con una espejeante chistera. Me calé los guantes color patito, me puse el pantalón bien planchado, cayendo sobre unos escaarpines que, a su vez, caían sobre dos botas de charol, flamantes. Ninguna mujer me pareció bastante bonita. Ninguna tienda bastante abastecida. Ninguna corbata bastante lujosa. La calle de Mercaderes fue para mí estrecho sitio donde no cabía mi persona. Hombres y mujeres me miraban fija y tenazmente, con envidia aquellos, con complacencia estas. De pronto, al salir de Guillón, encontré a la morena del baile, magníficamente ataviada, irresistible, encantadora. Estaba vestida de claro y llevaba en la mano multitud de paquetitos.

Me miró con una de aquellas miradas con que las mujeres suelen decir «me gustas». La seguí. Iba en compañía de una criada, de una persona de esas en quienes no se repara jamás. Ella volvió la cara sonriente. Parecía que quisiera decirme: «Atrévete». Yo me acerqué, y después de saludarla correctamente le deslicé al oído todas aquellas frases que son del caso: «¿Tan temprano de paseo?». «¿Con razón la mañana está tan hermosa!». «¿Qué le parece a usted el calor?». Contestóme con amabilidad inusitada. Hízome recuerdos del baile donde «nos divertimos tanto» y me rogó que fuera a su casa, donde sus padres tendrían gran gusto recibíendome.

Me enamoré terriblemente de la señorita en cuestión. Acudí a su casa, donde fui tratado con grandes agasajos. La desparraré con una docena de corbatas hábilmente combinadas. La pedí en matrimonio y a los cuatro meses me casaba con ella entrando en posesión de una fortuna respetable. ¡Al demontre las perrerías!

Hoy soy padre de una hermosa familia que da bailes a los que concurren las mejores corbatas de Lima. Poseo casas en la capital. Una hacienda en las afueras. Quintas en el campo. Minas en Casapalca. Voy jueves y domingo al Paseo Colón en un elegante carruaje, y he hecho varios viajes a Europa.

Mi mujer, no contenta con hacerme rico, ha querido hacerme célebre: gracias a ella he sido diputado, senador y... lo demás. Todo sin más esfuerzo que un cambio de corbata.

Pero he aquí entre nos, os confesaré que no soy feliz. Mi mujer es cariñosa, es cierto. ¡Me anuda cada corbata! Pero me parece que piensa más en sus trajes que en su marido. Mis hijos también piensan más en sus caballos que en su padre. Yo me he vuelto ambicioso y pienso más en la «cosa pública» que en mi mujer y mis hijos. Más feliz hubiera sido con mi arequipeñita. ¡Oh! Esa que me quería arrancado y por mí mismo. Con ella y mis cincuenta soles hubiera vivido ignorado, sin ambiciones que me consumen, ni desengaños que me torturan. ¿Qué habrá sido de ella? A veces, cuando estoy muy triste, saco del fondo de mi gaveta la corbata que me regaló y me enternezco recordando a Marta y aspirando ese olor ya desvanecido del jabón Windsor. Decididamente, la verdadera dicha debe de oler a jabón Windsor.

Tomado de Beingolea, Manuel. (1992). *Mi corbata*. En González Vigil, Ricardo. (ed.). *El cuento peruano hasta 1919*, volumen II. Lima: Ediciones Copé.

– Poesía –

Lied IV Favila

José María Eguren

José María Eguren

(Lima, 1874 - 1942). Junto con César Vallejo, es el fundador de la nueva poesía peruana. También se le considera como el primer simbolista en español. Él escribió una poesía sin conexión temática con la tradición de lengua española. En ella pueblan hadas, ángeles, arlequines, marionetas en una atmósfera de palpable angustia y presagios funestos. Su obra es de carácter onírico y, a menudo, hermético. También fue pintor de finísimas y mágicas acuarelas e inventor de una cámara del tamaño de un corcho con la que hizo innumerables fotos, de un centímetro de diámetro, de paisajes, flora, fauna y personas, todas ellas exquisitas y de gran primor.

LIED IV

La noche pasaba,
y al terror de las nébulas, sus ojos
inefables reían la tristeza.

La muda palabra
en la mansión culpable se veía,
como del Dios antiguo la sentencia.

La funesta falta
descubrieron los canes, olfateando
en el viento la sombra de la muerta.

La bella cantaba,
y el florete durmióse en la armería
sangrando la piedad de la inocencia.

FAVILA

En la arena
se ha bañado la sombra.
Una, dos
libélulas fantasmas...
Aves de humo
van a la penumbra
del bosque.
Medio siglo
y en el límite blanco
esperamos la noche.
El pórtico
con perfume de algas,
el último mar.
En la sombra
ríen los triángulos.

Tomado de Eguren, José María. (2005). *Obra poética. Motivos*.
Caracas: Biblioteca Ayacucho.

– Cuento –

La moda y el diablo

Angélica Palma Román

Angélica Palma Román

(Lima, 1878 - Rosario, Argentina, 1935). Escritora y periodista. Es una de las fundadoras del movimiento feminista en el Perú y también pertenecía al movimiento modernista. Si bien autora de varias novelas costumbristas, hay consenso de que destacaba especialmente en el periodismo y el activismo. Desde España, envió sus crónicas sobre los pormenores políticos, sociales y culturales de la península a diferentes medios, entre ellos a la revista *Variedades*, que dirigía Clemente Palma, su hermano. Muestra de sus coloridos, chispeantes y desafiantes escritos, sigue aquí uno de ellos incluido en sus *Crónicas de Marianela*.

Gracias a Dios y a la actividad inteligente de mi marido gozo la dicha del ocio para poder cultivar un poco mi espíritu con lecturas amenas y divagaciones estéticas. El ocio es la primera condición para poder disfrutar de las manifestaciones artísticas. Sin abandonar mis obligaciones sociales y mundanas –visitas, tertulias, juntas de caridad, bailes, saraos, funerales, bodas– consagro la mayor parte del tiempo a la lectura.

Mi mayor placer es poner mi pobre espíritu en contacto con los espíritus excepcionales, sintiendo cómo ellos dotan de alas al mío con sus nobles pensamientos y elevada emoción, produciéndome algo así como la gloria del vuelo y hendiendo con su auxilio las zonas inexploradas de la conciencia y del alma. El escribir es una actividad reciente en mí. Ya lo habréis notado por lo endeble y desmañado de mi estilo, por su falta de elegancia y de precisión, por su pobre ideológica y por esas fallas de sintaxis que se observan siempre en la prosa femenina por esmerada que haya sido nuestra educación. La sintaxis enseña a coordinar y unir las palabras para

formar oraciones y expresar conceptos. Pero como el espíritu de la mujer es por condición ingénita un poco incoordinable y caótico, sus maneras de expresión, tendientes al charloteo, a imitación del grifo suelto, se rebela a la sintaxis que es la disciplina del discurso. Hartas disciplinas de hecho y de derecho tenemos las mujeres para someternos también a esta de la gramática. Nuestra única libertad en el mundo es la sintáctica. Y conste que no soy feminista. Pero de esto hablaremos otro día.

Decía que mis mayores delectaciones están en la lectura. Mis autores predilectos son aquellos escritores mixtos de poetas y filósofos, en quienes existe cierta armonía y un ponderado equilibrio entre las emociones del corazón y el vuelo de la mente. No gusto de los exclusivamente poetas, porque en ellos todo es exageración y fantasmagoría; ni de los exclusivamente filósofos, constructores de sistemas, para cuya comprensión, además de carecer de cultura, no alcanzan las débiles luces naturales de mi entendimiento.

¿Y a qué viene todo esto? Todo esto viene a cuento de que el otro día estaba leyendo una comedia de Shakespeare. Me gusta mucho más leer al glorioso cisne del Avon que oír sus obras en el teatro, pues las acotaciones del texto suelen tener un interés crítico y poético extraordinario. Gústame también mucho más sus comedias, tan graciosas, tan espirituales, que sus dramas, tan rudos y tan sombríos, con

pasiones tan violentas y protervas que parece no cupieran en el frágil vaso de la naturaleza humana. Pues bien: leyendo una comedia de Shakespeare toparon mis ojos con esta frase: «La mujer es un manjar de los dioses cuando no lo adereza el diablo».

Quedéme suspensa y cavilosa. ¿Quién será este diablo aderezador? Ya sabéis que el gran poeta inglés se expresa siempre en una forma cortante y misteriosa. Su fuerza, más que en lo que dice, está en lo que sugiere. Sus frases nos sumergen en la meditación y el ensueño; nos llevan lejos, lejos, más allá de todos los horizontes visibles. Bueno; yo no sé expresar bien esto, pues pertenece a honduras de la vida en cuyos bordes mi pobre cabecita sufre vértigos y mareos. Para esclarecer los oscuros conceptos del poeta hay en Londres diversas sociedades y cenáculos que discuten incesantemente lo que quiso decir en tal o cual pasaje de sus obras. Ignoro si los exégetas de Londres habrán logrado averiguar cuál es el diablo aderezador que impide algunas veces el que sea la mujer un manjar de los dioses.

Pensando, pensando, pensando –no sé si con acierto, pues a veces se acierta menos cuanto más se piensa– yo creo haber llegado a descubrir el diablo aderezador a que se refiere Shakespeare. Este diablo es la moda. No me cabe duda: la moda surge de las inspiraciones del diablo.

Por lo inestable, proteica y multiforme, por su eterna inquietud y constante mudanza en hechura y colores, la moda es cosa del mismo diablo, personaje igualmente voluble, tornado, transformista, desfigurado y quimérico. ¿Quién sino el diablo pudo inspirar el miriñaque, el polisón y, últimamente, sin ir más lejos, las faldas trabadas que nos obligaban a un pasito de paloma, menudo, corto, sutil, deslizado? El miriñaque, con su ruedo de ballestas y flejes, con su amplia circunferencia, era un atavío absurdo, es decir, nos parece ahora extravagante, pues en su época era natural, lógico y aun estético, porque el uso y la costumbre forman una segunda naturaleza. El hábito hace que la locura sea razonable. Dentro del miriñaque el cuerpo iba suelto, desabrigado, como dentro de una nube. Y nuestras abuelas no sentían los estremecimientos que produce el aire al calar nuestros huesos.

El diablo de la moda las hacía resistentes al frío, al viento colado, a la intemperie; porque el diablo, junto con un traje para congelarnos, nos da la calefacción del orgullo, de la satisfacción, del íntimo contentamiento de ir peripuestas con arreglo a los últimos cánones y pragmáticas del lujo. Vino después el polisón, ese promontorio colocado donde la espalda cambia de nombre, aditamento fantástico, incómodo, grotesco, ocurrencia, en fin, del mismo demonio, pero que también pareció muy natural, muy lógico y muy estético en su época. Y, sin

duda, tanto el miriñaque como el polisón tuvieron en su tiempo algo que los hacía atractivos y graciosos, algo seductor, insinuante, cautivador. La prueba está en que nuestros abuelos asocian al miriñaque la evocación de su amor; y nuestros padres, al recordar sus cuitas y congojas amoratorias, mezclan también a sus memorias el absurdo polisón. Nuestros mismos maridos guardan la imagen de nuestras faldas trabadas y nuestro pasito de palomas, asociando el aire de nuestras figuras a las horas que con mayor intensidad anhelaron la mirada afectiva de nuestros ojos y los latidos de nuestro corazón. Y es que, en el fondo, el diablo anda siempre en el atavío femenino; unas veces en forma de falda trabada, otras en forma de polisón y otras en el ruedo del miriñaque. Pero siempre es el mismo diablo; no hace más que transformarse. Con estas transformaciones el diablo se divierte y el mundo también. Y, en realidad, aunque la mudanza sea visible, las modas nunca desaparecen del todo: unas viven en la memoria de los viejos; otras en el recuerdo de las gentes maduras: las últimas en nuestro gusto. El fin de todas es el mismo: irán a los museos, mientras las generaciones que las usaron yacen en la eternidad, para dejar paso a otros usos, a otras transformaciones, a otros gustos y a otros atavíos.

La moda trata de corregir la naturaleza, de transformar o desfigurar el cuerpo, que es obra de Dios. He aquí otro indicio

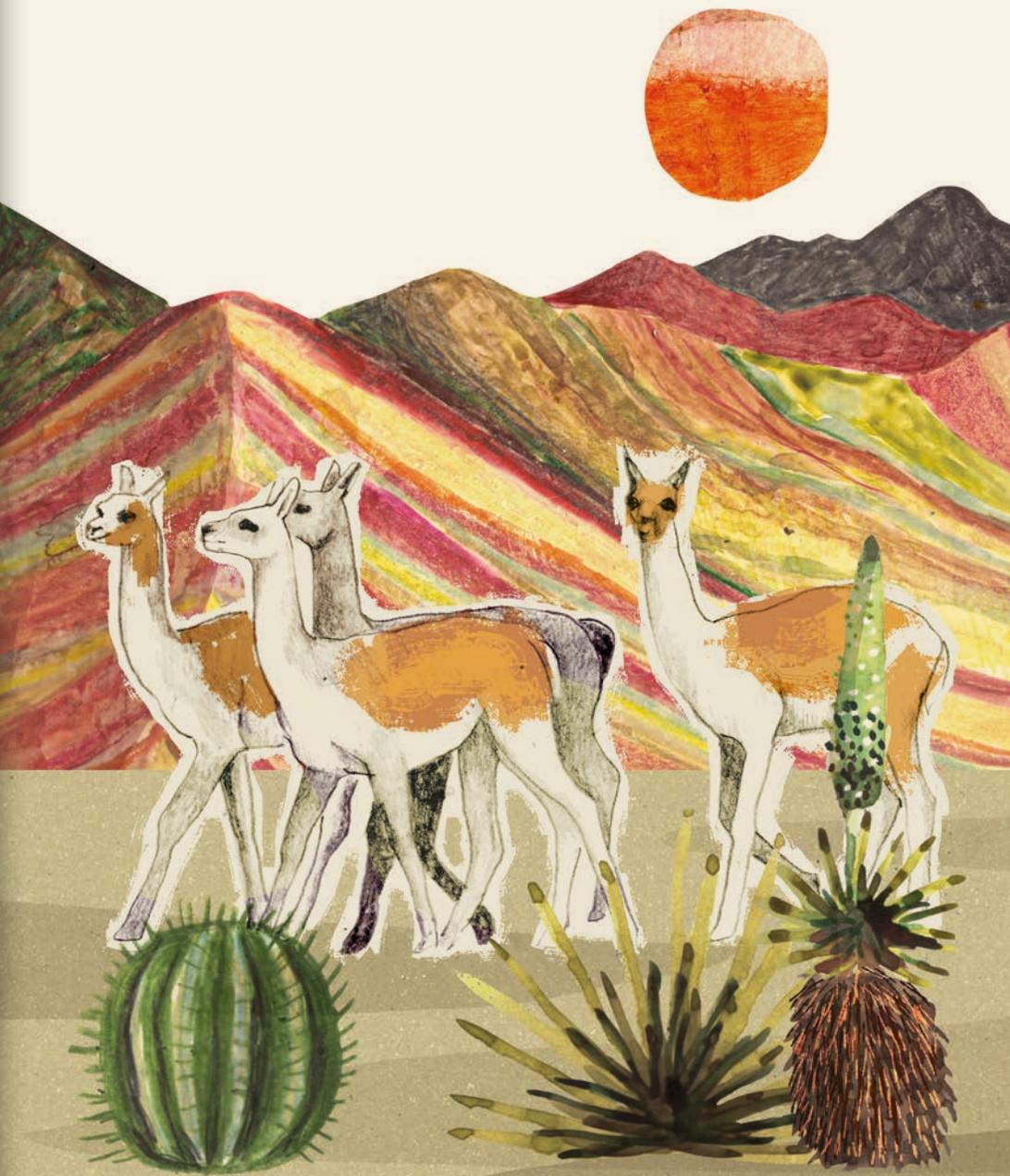
de que la moda es inspiración del ángel rebelde, del diablo. Y este empeño luciferino de corregir la obra divina en sus líneas fundamentales es muy antiguo. Ya Calderón de la Barca lo advierte en su «Eco y Narciso».

*–Pues ¿hay usos en los talles?
–Sí; yo me acuerdo haber visto
usarse un año a los pechos,
y otro año a los tobillos;
y esto no es mucho, que en fin,
consistía en los vestidos.*

¿Qué se propondrá la moda, es decir, el diablo, al descen-
trar el talle de su sitio natural? De sacrilegio estético puede
calificarse esta transformación de las líneas que el Divino Ar-
quitecto en su concepción soberana dio al cuerpo femenino.
Con razón decía madame Delepinasse que la mujer se des-
esperaría si la Naturaleza la hubiera hecho tal como la arregla
la moda. Seguramente renunciaríamos al don de la vida si
hubiéramos de nacer con miriñaque, polisón o faldas traba-
das. El concepto estético de la humanidad es que Dios hizo
perfecto el cuerpo de la mujer. ¿Por qué consentimos lue-
go que lo vista el diablo, alterando el orden perfecto y la ar-
monía divina de las líneas? Lo racional y lógico sería que los

vestidos se ajustaran dócilmente a este orden y a esta armonía, obra insustituible del Creador. Pero el diablo, como ángel rebelde, se sirve de la moda para simular que tiene el poder de transformar los cuerpos, la obra de Dios. Sabido es que la cualidad especial del diablo es la sofisticación, el enredo, la mentira, la paradoja, el barullo y la confusión. Pero, con todo, no se puede negar que el diablo, por medio de los artificios de la moda, suele agregarnos a las mujeres algo que seduce, que trastorna; vamos, un no sé qué que solo puede ser obra del diablo. Claro está que ello sucede cuando está acertado en la moda, lo que es muy raro en él, pues casi siempre el diablo está dejado de la mano de Dios. Pero lo curioso es que, aun cuando desacertadísimo, nos impone su gusto y nos esclavizamos a las normas dictadas por su genio malféfico.

Por las modas pasadas, que solo existen ya en los museos, advertimos que el propósito al implantarlas no fue la perfección, ni la comodidad, ni la gracia, sino lo caprichoso, lo mudable, fantástico y extravagante. Sin embargo, la adopción fue general en el mundo femenino. Ello se debe a que la moda es para la mujer como una segunda religión. Y el fanatismo en esta segunda religión se manifiesta en llevar la moda a sus términos más exagerados. Si se trata del mirñaque, darle más ruedo y amplitud que nadie; si del poli-són, abultarlo más que las demás; si de la falda trabada,









convertirla en manea. Así la moda va, poco a poco, por contagio, exagerándose, hasta que muere por sus propios excesos. La psicología de estas exageraciones reside en que no queremos pasar inadvertidas. Las mujeres nos ofendemos cuando nos miran mucho; pero nos ofendemos mucho más no mirándonos nada. Por aquí también anda el diablo en su doble forma de coquetería y soberbia.

El tema es muy vasto y abarca otros horizontes de crítica, fuera de la crítica al diablo, que yo no puedo tratar por mi escasez de conocimientos y limitada penetración. Entre estos aspectos está el económico. La constante variación de las modas parece que se relaciona con la crematística o arte de negociar. El otro día, leyendo un librito de anécdotas de Chamfort, referentes casi todas a la vida de Versalles, en los días de mayor esplendor mundano, encontré esta frase: «El cambio de las modas es una contribución que la industria del pobre impone a la vanidad del rico». Despréndese de este concepto que las mutaciones calidoscópicas de la moda están movidas por el anhelo utilitario del pobre. De aquí se deduce también que nuestros atavíos son obra de la fantasía del proletariado de aguja, y no fruto de nuestro propio espíritu creador ni de nuestro gusto estético. Así, pues, la responsabilidad de los adefesios en los atavíos que cubren a la burguesía femenina corresponde al pueblo que labora en los talleres de confección y al diablo que anda suelto por

muestrarios y escaparates. Bueno es que lo tengan en cuenta los filósofos que tratan el problema social.

He consultado con mi marido el concepto económico de Chamfort sobre las modas. Mi marido, especialista, como sabéis, en la ornitología noctívaga de nuestras pampas, posee también vasta cultura en otras ramas del conocimiento humano, además de un buen juicio y un equilibrio fuera de toda ponderación. Es una gloria estar unida a un hombre tan inteligente.

Quizá sea ministro de Agricultura en la próxima situación. Le sobran méritos para ello. Además, debo recordar aquí, por lo que pueda influir, que estuvo en el Parque. Bueno: pues mi marido me ha dicho que existe otro filósofo (se me ha olvidado el nombre) que retruca a Chamfort, diciendo que «las modas son el medio de que se vale el rico para alimentar al pobre». El concepto es diametralmente opuesto, y yo no sé cuál de los dos será el exacto. Mi marido, que es algo burlón, un ironista, un poco dado al titeo filosófico, que es la sal de la reflexión, dice que da lo mismo que tenga razón Chamfort o el otro, o ninguno de los dos. Y añade el muy tuno que la cuestión «fundamental» es que yo esté linda, sea cual fuere la filosofía de la moda...

Tomado de Palma Román, Angélica. (1917). *La moda y el diablo*.
En *Crónicas de Marianela*.

Región
La sierra

– *Extracto de los Comentarios Reales* –

**La poesía de los incas
amautas, que son filósofos,
y harauicus, que son poetas**

Inca Garcilaso de la Vega

La sierra

Su relieve es marcadamente irregular, pues el entrecruce de los contrafuertes andinos en distintas direcciones impide la formación de extensas llanuras. Solo se exceptúan las generalmente estrechas a lo largo de los ríos, que constituyen los valles interandinos. Cuna de la gran civilización Inca, pero también de otras más como Wari, Sachapuyo, Yarovilca y Tiahuanaco. Estas, sin embargo, fueron sometidas por el expansionismo quechua, aunque conservaron en gran medida sus credos y costumbres. Aparte de la indiscutible fama de Machu Picchu y pronto la de su par Choquequirao, la preceden en el tiempo la ciudadela de Kuélap (Amazonas), el Gran Pajatén (San Martín), Kotosh (Huánuco), y la acompañan los pueblos aimaras que habitan en y alrededor del lago Titicaca, el cuerpo de agua navegable más alto del mundo, a 3900 msnm.

Inca Garcilaso de la Vega

(Cuzco, 1539 - Córdoba, España, 1616). Es el primer mestizo cultural de América que supo asumir y conciliar sus dos herencias culturales: la inca y la española, alcanzando al mismo tiempo gran renombre intelectual. En su obra cumbre, los *Comentarios reales de los Incas* (1609), expuso sobre la historia, la cultura y las costumbres de los incas y otros pueblos del antiguo Perú. Pero pronto su lectura fue prohibida por la Corona española en todas sus provincias en América, al considerarla sediciosa y peligrosa para sus intereses, pues alentaba el recuerdo de los incas. Otras obras importantes del Inca Garcilaso son *La Florida del Inca* (1605), que relata la conquista española de Florida, y la *Segunda parte de los Comentarios reales*, más conocida como *Historia general del Perú* (1617), en la que el autor trata sobre la conquista del Perú y el inicio del Virreinato.



No les faltó habilidad a los amautas, que eran los filósofos, para componer comedias y tragedias, que en días y fiestas solemnes representaban delante de sus reyes y de los señores que asistían en la corte. Los representantes no eran viles, sino Incas y gente noble, hijos de curacas y los mismos curacas y capitanes, hasta maeses de campo, porque los autos de las tragedias se representaban al propio, cuyos argumentos siempre eran de hechos militares, de triunfos y victorias, de las hazañas y grandezas de los reyes pasados y de otros heroicos varones. Los argumentos de las comedias eran de agricultura, de hacienda, de los casos caseros y familiares. Los representantes, luego que se acababa la comedia, se sentaban en sus lugares conforme a su calidad y oficios. No hacían entremeses deshonestos, viles y bajos: todo era de cosas graves y honestas, con sentencias y donaires permitidos en tal lugar. A los que se aventajaban en la gracia del representar les daban joyas y favores de mucha estima.

De la poesía alcanzaron otra poca, porque supieron hacer versos cortos y largos, con medida de sílabas: en ellos ponían sus cantares amorosos con tonadas diferentes, como se ha dicho. También componían en verso las hazañas de sus reyes y de otros famosos Incas y curacas principales, y los enseñaban a sus descendientes por tradición, para que se acordasen de los buenos hechos de sus pasados y los imitasen. Los versos eran pocos, porque la memoria los guardase; empero muy compendiosos, como cifras. No usaron de consonante en los versos; todos eran sueltos. Por la mayor parte semejaban a la natural compostura española que llaman redondillas. Una canción amorosa compuesta en cuatro versos me ofrece la memoria; por ellos se verá el artificio de la compostura y la significación abreviada, compendiosa, de lo que en su rusticidad querían decir. Los versos amorosos hacían cortos, porque fuesen más fáciles de tañer en la flauta. Holgara poner también la tonada en puntos de canto de órgano, para que se viera lo uno y lo otro, mas la impertinencia me excusa del trabajo.

La canción es la que se sigue y su traducción en castellano:

Caylla llapi

Puñunqui

Chauptuta

Samúsac

Al cántico

Dormirás

Media noche

Yo vendré

Y más propiamente dijera: veniré, sin el pronombre yo, haciendo tres sílabas del verbo, como las hace el indio, que no nombra la persona, sino que la incluye en el verbo, por la medida del verso. Otras muchas maneras de versos alcanzaron los Incas poetas, a los cuales llamaban *haráuec*, que en propia significación quiere decir inventor. En los papeles del padre Blas Valera hallé otros versos que él llama espondaiicos: todos son de a cuatro sílabas, a diferencia de estotros que son de a cuatro y a tres. Escríbelos en indio y en latín; son en materia de Astrología. Los Incas poetas los compusieron filosofando las causas segundas que Dios puso en la región del aire, para los truenos, relámpagos y rayos, y para el granizar, nevar y llover, todo lo cual dan a entender en los versos, como se verá. Hiciéronlos conforme a una fábula que tuvieron, que es la que se sigue: Dicen que el Hacedor puso en el cielo una doncella, hija de un Rey, que tiene un cántaro lleno de agua, para derramarla cuando la tierra la ha menester, y que un hermano de ella lo quiebra a sus tiempos, y que del golpe se causan los truenos, relámpagos y rayos. Dicen que el hombre los causa, porque son hechos de hombres feroces y no de mujeres tiernas. Dicen que el granizar, llover y nevar lo hace la doncella, porque son hechos de más suavidad y blandura y de tanto provecho. Dicen que un Inca poeta y astrólogo hizo y dijo los versos, loando las excelencias y virtudes de la dama, y que Dios se las había dado para

que con ellas hiciese bien a las criaturas de la Tierra. La fábula y los versos, dice el padre Blas Valera que halló en los nudos y cuentas de unos anales antiguos, que estaban en hilos de diversos colores, y que la tradición de los versos y de la fábula se la dijeron los indios contadores, que tenían cargo de los nudos y cuentas historiales, y que, admirado de que los amautas hubiesen alcanzado tanto, escribió los versos y los tomó de memoria para dar cuenta de ellos.

Yo me acuerdo haber oído esta fábula en mi niñez con otras muchas que me contaban mis parientes, pero, como niño y muchacho, no les pedí la significación, ni ellos me la dieron. Para los que no entienden indio ni latín me atreví a traducir los versos en castellano, arrimándome más a la significación de la lengua que mamé en la leche que no a la ajena latina, porque lo poco que de ella sé lo aprendí en el mayor fuego de las guerras de mi tierra, entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que de letras. El padre Blas Valera imitó en su latín las cuatro sílabas del lenguaje indio en cada verso, y está muy bien imitado; yo salí de ellas porque en castellano no se pueden guardar, que, habiendo de declarar por entero la significación de las palabras indias, en unas son menester más sílabas y en otras menos. *Ñusta*, quiere decir doncella de sangre real, y no se interpreta con menos, que, para decir doncella de las comunes, dicen *tazque*; *china* llaman a la doncella muchacha de servicio. *Illapántac* es verbo;

incluye en su significación la de tres verbos que son tronar, relampaguear y caer rayos, y así los puso en dos versos el padre maestro Blas Valera, porque el verso anterior, que es *Cunuñunun*, significa hacer estruendo, y no lo puso aquel autor por declarar las tres significaciones del verbo *illapántac*. *Unu* es agua, *para* es llover, *chichi* es granizar, *riti*, nevar. *Pacha Cámac* quiere decir el que hace con el universo lo que el alma con el cuerpo. *Viracocha* es nombre de un dios moderno que adoraban, cuya historia veremos adelante muy a la larga. *Chura* quiere decir poner, *cama* es dar alma, vida, ser y sustancia. Conforme a esto diremos lo menos mal que supiéramos, sin salir de la propia significación del lenguaje indio. Los versos son los que se siguen, en las tres lenguas.

<i>Zúmac ñusta</i>	<i>Pulchra Nimpha</i>	<i>Hermosa doncella,</i>
<i>Torallái quim</i>	<i>Frater tuus</i>	<i>Aquese tu hermano</i>
<i>Puiñuy quita</i>	<i>Uram tuam</i>	<i>Él tu cantarillo</i>
<i>Páquir cayan</i>	<i>Nunc infringit</i>	<i>Lo está quebrantando,</i>
<i>Hina mántara</i>	<i>Cuius ictus</i>	<i>Y de aquesta causa</i>
<i>Cunuñumm</i>	<i>Tornat fulget</i>	<i>Truena y relampaguea,</i>
<i>Illapántac</i>	<i>Fulminatque</i>	<i>También caen rayos.</i>
<i>Camri ñusta</i>	<i>Sed tu Ninpha</i>	<i>Tú, real doncella,</i>
<i>Unuiquita</i>	<i>Tuam limphan</i>	<i>Tus muy lindas aguas</i>

<i>Para munqui</i>	<i>Fundens plus</i>	<i>Nos darás lloviendo;</i>
<i>Mai ñimpiri</i>	<i>Interdumque</i>	<i>También a las veces</i>
<i>Chichi munqui</i>	<i>Grandinem, seu</i>	<i>Granizar nos has,</i>
<i>Riti munqui</i>	<i>Nivem mittis</i>	<i>Nevarás asimesmo</i>
<i>Pacha rúrac</i>	<i>Mundi factor</i>	<i>El Hacedor del Mundo,</i>
<i>Pacha cámac</i>	<i>Deus qui animateum.</i>	<i>El Dios que le anima,</i>
<i>Viracocha</i>	<i>Viracocha</i>	<i>El gran Viracocha,</i>
<i>Cai hinápac</i>	<i>Ad hoc munus</i>	<i>Para aqueste oficio</i>
<i>Churasunqui</i>	<i>Te sufficit</i>	<i>Y a te colocaron</i>
<i>Camasunqui</i>	<i>Ac praefecit</i>	<i>Y te dieron alma.</i>

Esto puse aquí por enriquecer mi pobre historia, porque cierto, sin lisonja alguna, se puede decir que todo lo que el padre Blas Valera tenía escrito eran perlas y piedras preciosas. No mereció mi tierra verse adornada de ellas.

Díceme que en estos tiempos se dan mucho los mestizos a componer en indio estos versos, y otros de muchas maneras, así a lo divino como a lo humano. Dios les dé su gracia para que le sirvan en todo. [...]

Tomado de De la Vega, Inca Garcilaso. (1984). La poesía de los incas amautas, que son filósofos, y harauicus, que son poetas. En *Comentarios reales* [cap. xxvii]. Ciudad de México: Editorial Porrúa.

– Cuento –

Una mujer en sus calzones

Clorinda Matto de Turner

Clorinda Matto de Turner

(Cuzco, 1852 - Buenos Aires, 1909). Precursora de la corriente indigenista, su obra fue muy crítica de la sociedad racista y clasista de su época y en favor de los indígenas. Aparte de su intensa labor como dramaturga, periodista y recopiladora de mitos y cuentos de su región, destacan sus novelas: *Aves sin nido* (1889), *Índole* (1891) y *Herencia* (1893). Como parte de una gran campaña para mejorar la educación de las mujeres, perteneció a un círculo amplio de escritoras y pensadoras, que incluía a Juana Manuela Gorriti, Carolina Freyre de Jaimes, Teresa González de Fanning, Mercedes Cabello de Carbonera y Aurora Cáceres.

A Rosendo Melo

Qué disparate tan grande el que nos quiere contar la revisadora de pergaminos, dirán los que vean el título de la presente tradición; pero paciencia, señores míos, y bien luego juzgaréis si no tuve mis razones para escribir esto.

Entre los corregidores que tocaron a la histórica ciudad del Cuzco en la época colonial, unos figuran por obreros, otros por estrictos observantes de la justicia, y hasta hubo uno (el vizconde del Portillo) que sentó reales de buen mozo, pero el que en 1725 se distinguió por pegadizo a la descendencia de la madre Eva, fue nada menos que el muy ilustre don Francisco Arias de Saavedra, marqués del Moscoso, joven de buen personal, decidor, dueño de abundantes pesetas, y del corazón de su muy celosa consorte doña Juliana Macedo, dama de alto tono, muy querida por el vecindario cuzqueño, y que, según opinión general, era aficionada a levantar la voz al marqués, cuando este andaba entretenido en sus liviandades.

El corregidor dio pues, en la manía de hacer frecuentes sus excursiones conquistatorias, y, como quiera que el amigo

dinero ha sido en todo tiempo el allanador de dificultades, don Francisco corría por una senda de placeres que iba sembrando con su fortuna. Pero, como dice el adagio vulgar, «un clavo saca otro»; la señora corregidora se propuso abrir las arcas conyugales, pagando doble contra sencillo a favor de los que le ayudasen a dar un sustazo al andariego Arias.

A la llamada de la corregidora influyeron muchos comedidos y entre ellos don Gabriel de Castilla y Lugo, juez de naturales de la ciudad, a quien dio doña Juliana una comisión no honrosa, pero lucrativa.

Era el caso que su señoría el marqués estaba muy empeñado en la conquista de una jovencita llamada María, y entre familia «la venturosa», hija de don Pascual Portillo y Sánchez. Parece que la ninfa no le hizo buen gesto al corregidor, y que este al verse despreciado se propuso emplear todo el contingente de su autoridad para doblregar la altiva flor: llamó a don Gabriel de Castilla y Lugo, le persuadió que debía prestarle su apoyo, y se echó tras su presa favorita.

—Aquí os quiero ver, corregidor y corregidora, a cuál afloja más —se decía don Gabriel.

No cabe duda de que doña Juliana fue más pródiga porque Lugo se decidió a prestar el servicio en obsequio de ella. ¡Siempre condescendiente y amable el sexo fuerte con el débil!

El bueno de Castilla tramó una cita en avanzada hora de la noche: la marquesa se encargó del prendimiento del corregidor, y todo preparado no había más que esperar.

Llegó el momento, don Francisco acudió con el corazón palpitante de gratas esperanzas, y se paseaba al pie de las ventanas de María, la venturosa, envuelto en su ancha capa, jalado el sombrero hasta el entrecejo y con paso cauteloso. Media hora llevaba de impaciente ronda nuestro corregidor, cuando aparecieron seis hombres con uno que los comandaba: todos ellos armados y embozados en largas capas españolas. Al verlos, don Francisco se replegó contra la pared, pero ello no le valió de nada porque apurando el paso los encubiertos, lo rodearon y le dijeron con voz firme: ¡Preso por orden del corregidor!

Don Francisco vaciló por primera vez de su vida, y asiéndose al brazo del que parecía el jefe:

–Marchemos –le dijo.

En el camino se llegó al oído de su acompañante y muy despacito le habló así:

–Vaya, paisano, que es graciosa la broma, pero ella no la sabrá nadie más que vos. Soy el corregidor en persona que andaba rondando una gentil hembra que hace tiempo me tiene descoyuntada el alma, y por fin esperé que esta noche terminase todo. Conque, ve en paz con tu gente tomando estos doblones para un buen refrescante, y ten cuidado que ya sabes que debes callar, y que la señora marquesa ni lo malicie siquiera.

Diciendo esto, habían llegado a la puerta del Cabildo. El hombre oyó impasible las palabras del corregidor, y en respuesta pidió una luz. Esta no se hizo esperar, y cuando podían

verse perfectamente bien, arrancó el policía el sombrero y la capa a don Francisco.

Este se sorprendió y amostazado y colérico reprochó al que tanto atrevimiento tenía. Entonces la corregidora, que no era otro el atrevido, sacó su antifaz y dijo a don Francisco:

–Conque, señor corregidor, que tenéis descoyuntada el alma y no osáis dar un tan vil ejemplo a vuestros subordinados, sabed que es necesario corregir esta vuestra vida disipada y no chistéis, porque sabéis bien que cuando una mujer se mete en sus calzones, es inflexible en sus resoluciones, y yo estoy ahora en los míos. ¡Ea, muchachos! Haced sin demora lo que os he mandado.

Los seis comisionados hicieron que montase el corregidor en un brioso alazán que estaba listo y cargaron con caballo y jinete hasta el pueblecito de Paruro, donde debía sufrir don Francisco tres meses de arresto en la casa parroquial, quedando doña Juliana con cargo de reintegrar las faltas del servicio con propios que volaban unos tras de otros.

Dicen que esta lección corrigió verdaderamente al marqués del Moscoso, y que en adelante vivían como dos tortilitos [sic] pico a pico, el corregidor y la corregidora.

Tomado de Matto de Turner, Clorinda. (1976). Una mujer en sus calzones. En *Tradiciones cuzqueñas completas*. Lima: Ediciones Peisa.

– *Fragmento del poema* –

Epístola a Belardo (Lope de Vega)

Amarilis

Amarilis

(Huánuco, 1594 - ¿Lima?, 1622). Sobre su vida se sabe poco; tan solo se desprenden datos del análisis de su obra, donde afirma que vivió en un convento después de la muerte de sus padres. Apenas hace pocos años se supo que su nombre verdadero era María de Rojas y Garay. Admiradora de la obra de Félix Lope de Vega, le envió su poema *Epístola a Belardo*, que fue publicado en 1621 en *La Filomena y otras diversas rimas*, obra de Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios.

1

Tanto como la vista, la noticia
de grandes cosas suele las más veces
al alma tiernamente aficionarla,
que no hace el amor siempre justicia,
ni los ojos a veces son jueces
del valor de la cosa para amarla:
mas suele en los oídos retratarla
con tal virtud y adorno,
haciendo en los sentidos un soborno
(aunque distinto tengan el sujeto,
que en todo y en sus partes es perfecto),
que los inflama a todos
y busca luego aficiosos modos,
con el que pueda entenderse
el corazón, que piensa entretenerse,
con dulce imaginar para alentarse
sin mirar que no puede
amor sin esperanza sustentarse.

2

El sustentarse amor sin esperanza,
es fineza tan rara, que quisiera
saber si en algún pecho se ha hallado,
que las más veces la desconfianza
amortigua la llama que pudiera
obligar con amar lo deseado;
mas nunca tuve por dichoso estado
amar bienes posibles,
sino aquellos que son más imposibles.
A estos ha de amar un alma osada;
pues para más alteza fue criada
que la que el mundo enseña;
y así quiero hacer una reseña
de amor dificultoso,
que sin pensar desvela mi reposo,
amando a quien no veo y me lastima:
ved qué extraños contrarios,
venidos de otro mundo y de otro clima.

3

Al fin de este, donde el Sur me esconde
oí, Belardo, tus conceptos bellos,
tu dulzura y estilo milagroso;
vi con cuánto favor te corresponde
el que vio de su Dafne los cabellos
trocados de su daño en lauro umbroso
y admirando tu ingenio portentoso,
no puedo reportarme
del descubrirme a ti, y a mí dañarme.
Mas ¿qué daño podría nadie hacerme
que tu valer no pueda defenderme?
Y tendré gran disculpa,
si el amarte sin verte fuera culpa,
que el mismo que lo hace,
probó primero el lazo en que me enlace,
durando para siempre las memorias
de los sucesos tristes,
que en su vergüenza cuentan las historias.

16

Esto mi voluntad te da y ofrece
y ojalá yo pudiera con mis obras
hacerte prendas de mayor estima:
mas donde tanto se merece,
de nadie no recibes, sino cobras
lo que te debe el mundo en prosa y rima.
He querido, pues viéndote en la cima
del alcázar de Apolo,
como su propio dueño, único y solo,
pedirte un don, que te agradezca el cielo,
para bien de tu alma y mi consuelo.
No te alborotes, tente,
que te aseguro bien que te contente,
cuando vieres mi intento,
y sé que lo harás con gran contento,
que al liberal no importa para asirle,
significar pobreza,
pues con que más se agrada es con pedirle.

[...]

La Epístola de Amarilis a Belardo se publicó inicialmente, hasta donde se sabe, en *La Filomena y otras diversas rimas* de Lope de Vega, editada en Madrid, en 1621. En Perú, no se ha publicado esta obra completa, sino solo el texto correspondiente a la epístola.

– Fragmento de la novela –

Los ríos profundos

José María Arguedas

José María Arguedas

(Abancay, 1911 - Lima, 1969). Es una de las voces imprescindibles de la literatura peruana. Bilingüe en quechua y español, buscó mostrar y representar «desde adentro» el mundo andino para su reconocimiento y valoración. Sus novelas y cuentos, transidos de gran vuelo lírico y de fuerza telúrica, indagan y descubren insospechadas maneras para que el país multicultural encuentre una vía que conduzca a lo que él llamaba «la confluencia de todas las sangres». Entre sus novelas, destacan *Yawar fiesta* (1941), *Los ríos profundos* (1958), *El sexto* (1961), *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), así como sus cuentos «Agua», «La agonía de Rasu Ñiti» y «Warma kuyay».

¡ZUMBAYLLU!

[Una consideración]

«Cuando empecé a escribir, relatando la vida de mi pueblo, sentí en forma angustiante que el castellano no me servía bien. No me servía bien ni para hablar del cielo y de la lluvia de mi tierra, ni mucho menos para hablar de la ternura que sentíamos por el agua de nuestras acequias, por los árboles de nuestras quebradas, ni menos aun para decir con toda la exigencia del alma nuestros odios y nuestros amores de hombre. Porque habiéndose producido en mi interior la victoria de lo indio, como raza y como paisaje, mi sed y mi dicha lo decía fuerte y hondo en quechua».

La terminación quechua *yllu* es una onomatopeya. *Yllu* representa en una de sus formas la música que producen las pequeñas alas en vuelo; música que surge del movimiento de objetos leves. Esta voz tiene semejanza con otra más vasta: *illa*. *Illa* nombra a cierta especie de luz y a los monstruos que nacieron heridos por los rayos de la luna. *Illa* es

un niño de dos cabezas o un becerro que nace decapitado; o un peñasco gigante, todo negro y lúcido, cuya superficie apareciera cruzada por una vena ancha de roca blanca, de opaca luz; es también *illa* una mazorca cuyas hileras de maíz se entrecruzan o forman remolinos; son *illas* los toros míticos que habitan el fondo de los lagos solitarios, de las altas lagunas rodeadas de totora, pobladas de patos negros. Todos los *illas*, causan el bien o el mal, pero siempre en grado sumo. Tocar un *illa* y morir o alcanzar la resurrección es posible. Esta voz *illa* tiene parentesco fonético y una cierta comunidad de sentido con la terminación *yllu*.

Se llama *tankayllu* al tábano zumbador e inofensivo que vuela en el campo libando flores. El *tankayllu* aparece en abril, pero en los campos regados se le puede ver en otros meses del año. Agita sus alas con una velocidad alocada, para elevar su pesado cuerpo, su vientre excesivo. Los niños lo persiguen y le dan caza. Su alargado y oscuro cuerpo termina en una especie de aguijón que no solo es inofensivo sino dulce. Los niños le dan caza para beber la miel en que está untado ese falso aguijón. Al *tankayllu* no se le puede dar caza fácilmente, pues vuela alto, buscando la flor de los arbustos. Su color es raro, tabaco oscuro; en el vientre lleva unas rayas brillantes; y como el ruido de sus alas es intenso, demasiado fuerte para su pequeña figura, los indios creen que el *tankayllu* tiene en su cuerpo algo más que su sola vida. ¿Por qué lleva miel en

el tapón del vientre? ¿Por qué sus pequeñas y endebles alas mueven el viento hasta agitarlo y cambiarlo? ¿Cómo es que el aire sopla sobre el rostro de quien lo mira cuando pasa el *tankayllu*? Su pequeño cuerpo no puede darle tanto aliento. Él remueve el aire, zumba como un ser grande; su cuerpo afelpado desaparece en la luz, elevándose perpendicularmente. No, no es un ser malvado; los niños que beben su miel sienten en el corazón, durante toda la vida, como el roce de un tibio aliento que los protege contra el rencor y la melancolía. Pero los indios no consideran al *tankayllu* una criatura de Dios como todos los insectos comunes; temen que sea un réprobo. Alguna vez los misioneros debieron predicar contra él y otros seres privilegiados. En los pueblos de Ayacucho hubo un danzante de tijeras que ya se ha hecho legendario. Bailó en las plazas de los pueblos durante las grandes fiestas; hizo proezas infernales en las vísperas de los días santos; tragaba trozos de acero, se atravesaba el cuerpo con agujas y garfios; caminaba alrededor de los atrios con tres baretas entre los dientes; ese *danzak'* se llamó «Tankayllu». Su traje era de piel de cóndor ornado de espejos.

[...]

—¡Zumbayllu! En el mes de mayo trajo Antero el primer zumbayllu al Colegio. Los alumnos pequeños lo rodearon.

—¡Vamos al patio, Antero!

—¡Al patio, hermanos! ¡Hermanitos!

Palacios corrió entre los primeros. Saltaron el terraplén y subieron al campo de polvo. Iban gritando:

—¡Zumbayllu, Zumbayllu!

Yo los seguí ansiosamente.

¿Qué podía ser el *zumbayllu*? ¿Qué podía nombrar esta palabra cuya terminación me recordaba bellos y misteriosos objetos? El humilde Palacios había corrido casi encabezando todo el grupo de muchachos que fueron a ver el *zumbayllu*; había dado un gran salto para llegar primero al campo de recreo. Y estaba allí, mirando las manos de Antero. Una gran dicha, anhelante, daba a su rostro el esplendor que no tenía antes. Su expresión era muy semejante a la de los escolares indios que juegan a la sombra de los molles, en los caminos que unen las chozas lejanas y las aldeas. El propio «Añuco», el engréido, el arrugado y pálido «Añuco», miraba a Antero desde un extremo del grupo; en su cara amarilla, en su rostro agrío, erguido sobre el cuello delgado, de nervios tan filudos y tensos, había una especie de tierna ansiedad. Parecía un ángel nuevo, recién convertido.

Yo recordaba al gran «Tankayllu», al danzarín cubierto de espejos, bailando a grandes saltos en el atrio de la iglesia. Recordaba también el verdadero *tankayllu*, el insecto volador que perseguíamos entre los arbustos floridos de abril y mayo. Pensaba en los blancos *pinkuyllus* que había oído tocar en los pueblos del sur. Los *pinkuyllus* traían a la memoria la voz de los *wak'rapukus*, ¡y de qué modo la voz de los

pinkuyllus y *wak'rapukus* es semejante al extenso mugido con que los toros encelados se desafían a través de los montes y los ríos!

Yo no pude ver el pequeño trompo ni la forma cómo Antero lo encordelaba. Me dejaron entre los últimos, cerca del «Añuco». Solo vi que Antero, en el centro del grupo, daba una especie de golpe con el brazo derecho. Luego escuché un canto delgado.

Era aún temprano; las paredes del patio daban mucha sombra; el sol encendía la cal de los muros, por el lado del poniente. El aire de las quebradas profundas y el sol cálido no son propicios a la difusión de los sonidos; apagan el canto de las aves, lo absorben; en cambio hay bosques que permiten estar siempre cerca de los pájaros que cantan. En los campos templados o fríos, la voz humana o la de las aves es llevada por el viento a grandes distancias. Sin embargo, bajo el sol denso, el canto del *zumbayllu* se propagó con una claridad extraña; parecía tener agudo filo. Todo el aire debía estar henchido de esa voz delgada; y toda la tierra, ese piso arenoso del que parecía brotar.

—¡Zumbayllu, zumbayllu!

Repetí muchas veces el nombre, mientras oía el zumbido del trompo. Era como un coro de grandes *tankayllus* fijos en un sitio, prisioneros sobre el polvo. Y causaba alegría repetir esta palabra, tan semejante al nombre de los dulces insectos que desaparecían cantando en la luz.

Hice un gran esfuerzo; empujé a otros alumnos más grandes que yo y pude llegar al círculo que rodeaba a Antero. Tenía en las manos un pequeño trompo. La esfera estaba hecha de un coco de tienda, de esos pequeñísimos cocos grises que vienen enlatados; la púa era grande y delgada. Cuatro huecos redondos, a manera de ojos, tenía la esfera. Antero encordeló el trompo, lentamente, con una cuerda delgada; le dio muchas vueltas, envolviendo la púa desde su extremo afilado; luego lo arrojó. El trompo se detuvo, un instante, en el aire y cayó después en un extremo del círculo formado por los alumnos, donde había sol. Sobre la tierra suelta su larga púa trazó líneas redondas, se revolvió lanzando ráfagas de aire por sus cuatros ojos; vibró como un gran insecto cantador, luego se inclinó, volcándose sobre el eje. Una sombra gris aureolaba su cabeza giradora, un círculo negro lo partía por el centro de la esfera. Y su agudo canto brotaba de esa faja oscura. Eran los ojos del trompo, los cuatro ojos grandes que se hundían, como en un líquido, en la dura esfera. El polvo más fino se levantaba en círculo envolviendo al pequeño trompo.

El canto del *zumbayllu* se internaba en el oído, avivaba en la memoria la imagen de los ríos, de los árboles negros que cuelgan en las paredes de los abismos.

Miré el rostro de Antero. Ningún niño contempla un juguete de ese modo ¿Qué semejanza había, qué corriente, entre el mundo de los valles profundos y el cuerpo de ese

pequeño juguete móvil, casi proteico, que escarbaba cantando en la arena en la que el sol parecía disuelto?

Antero tenía cabellos rubios, su cabeza parecía arder en los días de gran sol. La piel de su rostro era también dorada; pero tenía muchos lunares en la frente. «Candela» le llamaban sus condiscípulos; otros le decían en quechua «Markask'a», «El Marcado», a causa de sus lunares. Antero miraba el *zumbayllu* con un detenimiento contagioso. Mientras bailaba el trompo todos guardaban silencio. Así atento, agachado, con el rostro afilado, la nariz delgada y alta, Antero parecía asomarse desde otro espacio.

De pronto, Lleras gritó, cuando aún no había caído el trompo:

—¡Fuera, *akatank'as*! [escarabajos] ¡Mirando esa brujería del «Candela»! ¡Fuera, zorrinos!

Nadie le hizo caso. Ni siquiera el «Añuco». Seguimos oyendo al *zumbayllu*.

—¡Zorrinos, zorrinos! ¡Pobres *k'echas*! (menores) —amonestaba Lleras, con voz casi indiferente.

El *zumbayllu* se inclinó hasta rozar el suelo; apenas tocó el polvo, la esfera rodó en línea curva y se detuvo.

—¡Véndemelo! —le grité a Antero—. ¡Véndemelo!

Antes de que nadie pudiera impedírmelo me lancé al suelo y agarré el trompo. La púa era larga, de madera amarilla. Esa púa y los ojos, abiertos con clavo ardiendo, de bordes negros que aún olían a carbón, daban al trompo un aspecto

irreal. Para mí era un ser nuevo, una aparición en el mundo hostil, un lazo que me unía a ese patio odiado, a ese valle doliente, al Colegio. Contemplé detenidamente el juguete, mientras los otros chicos me rodeaban sorprendidos.

—¡No le vendas al foráneo! —pidió en voz alta el «Añuco».

—¡No le vendas a ese! —dijo el otro.

—¡No le vendas! —exclamó con voz de mando Lleras—. No le vendas, he dicho.

Lleras se abrió paso a empujones y se paró frente a Antero. Le miré a los ojos. Yo sé odiar, con pasajero pero insofrenable odio. En los ojos de Lleras había una especie de mina de poco fondo, sucia y densa.

¿Alguien había detenido el relámpago turbio de esos ojos? ¿Algún pequeño había permanecido quieto delante de él, mirándolo con odio creciente, arrollador de todo otro sentimiento?

—Te lo vendo, forastero. ¡Te lo regalo, te lo regalo! —exclamó Antero, cuando aún la mirada de Lleras chocaba contra la mía.

Abracé al «Markask'a», mientras los otros hacían bulla, como si aplaudieran.

—Deja a los *k'échas*, campeón —habló el «Añuco» con cierta dulzura.

—¡Regalo estos también! —dijo Antero. Y echó al aire varios *zumbayllus*.

Los chicos pelearon alegremente por apoderarse de los trompos. Lleras y «Añuco» se fueron al patio de honor.

Los dueños de los otros *zumbayllus* improvisaron cordeles; reunidos en pequeños grupos empezaron a hacer bailar sus trompos. Se oía la voz de algunos *zumbayllus*. Desde los extremos del patio llegaba el zumbido leve y penetrante. Era como si hubiera venido desde algún bosque de arbustos floridos una tropa pequeña de insectos cantadores, que extrañados en el patio seco se levantaran y cayeran en el polvo.

Rogué a Antero que lanzara su trompo. Junto a nosotros se volvió a reunir el grupo más numeroso de alumnos. Nadie hacía bailar el trompo durante más tiempo ni con la intensidad que Antero. Sus dedos envolvían al trompo como a un gran insecto impaciente. Cuando tiraba de la cuerda, la gris esfera se elevaba hasta la altura de nuestros ojos, y caía lentamente.

—Ahora tú —me dijo—. Ya has visto cómo lo hago bailar.

Yo tenía la seguridad de que encordelaría bien el *zumbayllu* y que lo lanzaría como era debido. Estaba impaciente y temeroso. Agarré el trompo y empecé a envolver la cuerda. Ajustaba el cordel en la púa, ciñendo las vueltas lentamente y tirando fuerte. Aseguré el trompo entre mis dedos, en la mano izquierda; saqué el extremo de la cuerda por el arco que formaba el índice y el anular, como lo había visto hacer al «Candela».

—¡Pretensión del foráneo!

—¡El forasterito!

—¡El sonso!

Empezaron a gritar los abanquinos.

–Este juego no es para cualquier forastero.

Pero Antero, que me había estado observado atentamente, exclamó:

–¡Ya está! ¡Ya está, hermano!

Tiré de la cuerda, cerrando los ojos. Sentí que el *zumbayllu* giraba en la palma de mi mano. Abrí los dedos cuando todo el cordel se desenrolló. El *zumbayllu* saltó silbando en el aire; los alumnos que estaban de pie se echaron atrás; le dieron campo para que cayera al suelo. Cuando lo estuve contemplando ante el silencio de los otros chicos, tocaron la campana, anunciando el fin del recreo. Huyeron casi todos los alumnos del grupo. Solo quedaron dos o tres, ante quienes Antero me felicitó solemnemente.

–¡Casualidad! –dijeron los otros.

–¡Zumbayllero de nacimiento! –afirmó el «Candela»–
¡Como yo, zumbayllero!

La base de sus cabellos era casi negra, semejante a la vellosidad de ciertas arañas que atraviesan lentamente los caminos después de las lluvias torrenciales. Entre el color de la raíz de sus cabellos y sus lunares había una especie de indefinible pero clara identidad. Y sus ojos parecían de color negro a causa del mismo inexplicable misterio de su sangre.

Hasta aquella mañana de los *zumbayllus*, Antero había sido notable únicamente por el extraño color de sus cabellos

y por sus grandes lunares negros. El apodo lo singularizó pero le quitó toda importancia a la rareza de su rostro. «Es el Candela, el Markask'a», me dijeron cuando pregunté por él. Era mayor que yo y estudiaba en el segundo grado de media; me adelantaba en dos grados. En su clase no se distinguía ni por excelente ni por tardo. No tenía amigos íntimos y era discreto. Sin embargo, algún poder tenía, alguna autoridad innata, cuando sus compañeros no lo convirtieron en el «punto» de la clase, es decir, en el hazmerreír, en el manso, o el raro, el predilecto de las bromas. A él solo le pusieron un apodo que no lo repetían ni con exceso ni en son de burla.

Cuando salía del Colegio y del salón de clases, su cabeza atraía la atención de los recién llegados. En el Colegio, durante los recreos, se paraba apoyándose en las columnas de los corredores, miraba jugar y a veces intervenía, pero en los juegos crueles.

Tomado de Arguedas, José María. (1986). ¡Zumbayllu! En *Los ríos profundos* [cap. VI]. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

– Cuento –

El vencedor

César Vallejo

César Vallejo

(Santiago de Chuco, 1892 - París, 1938). Sin duda, el poeta máximo de la poesía peruana contemporánea y uno de los pilares de la modernidad hispanoamericana. En Perú, publicó *Los heraldos negros* (1918); *Trilce* (1922), que transformó la poesía como ningún otro libro en español; y al año siguiente dio a la prensa su primera obra narrativa: *Escalas*, con espíritu ya vanguardista. Hasta su muerte residió en París, con algunas breves estancias en Madrid y en otras ciudades europeas. Vivió del periodismo complementado con trabajos de traducción y escribiendo piezas teatrales, aunque estas en vida no llegaron a escena. Sus póstumos *Poemas humanos* (1939) y *España, aparta de mí este cáliz* (1939) lo han hecho merecedor del calificativo de «poeta universal».

Un incidente de manos en el recreo llevó a dos niños a romperse los dientes a la salida de la escuela. A la puerta del plantel se hizo un tumulto. Gran número de muchachos, con los libros al brazo, discutían acaloradamente, haciendo un redondel en cuyo centro estaban, en extremos opuestos, los contrincantes: dos niños poco más o menos de la misma edad, uno de ellos descalzo y pobremente vestido. Ambos sonreían, y de la rueda surgían rutilantes diptongos, coreándolos y enfrentándolos en fragorosa rivalidad. Ellos se miraban echándose los convexos pechos, con aire de recíproco desprecio. Alguien lanzó un alerta:

–¡El profesor! ¡El profesor!

La bandada se dispersó.

–Mentira. Mentira. No viene nadie. Mentira...

La pasión infantil abría y cerraba calles en el tumulto. Se formaron partidos por uno y otro de los contrincantes. Estallaban grandes clamores. Hubo puntapiés, llantos, risotadas.

–¡Al cerrillo! ¡Al cerrillo! ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hurra!...

Un estruendoso y confuso vocerío se produjo y la muchedumbre se puso en marcha. A la cabeza iban los dos rivales.

A lo largo de las calles y rúas, los muchachos hacían una algazara ensordecedora. Una anciana salió a la puerta de su casa y gruñó muy en cólera:

–¡Juan! ¡Juan! ¡A dónde vas, mocito! Vas a ver...

Las carcajadas redoblaron.

Leonidas y yo íbamos muy atrás. Leonidas estaba demudado y le castañeteaban los dientes.

–¿Vamos quedándonos? –le dije.

–Bueno –me respondió–. ¿Pero si le pegan a Juncos?...

Llegados a una pequeña explanada, al pie de un cerro de la campiña, se detuvo el tropel. Alguien estaba llorando. Los otros reían estentóreamente. Se vivaba a contrapunteo:

–¡Viva Cancio! ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hurraaaaa!...

Se hizo un orden frágil. La gritería y la confusión renacieron. Pero se oyó una voz amenazadora:

–¡Al primero que hable, le rompo las narices!

–Voy a Juncos.

–Voy a Cancio.

Se hacían apuestas como en las carreras de caballos o en las peleas de gallos.

Juncos era el niño descalzo. Esperaba en guardia, encendido y jadeante. Más bien escueto y cetrino y de sabroso

genio pendenciero. Sus pies desnudos mostraban los talones rajados. El pantalón de bayeta blanca, andrajoso y desgarrado a la altura de la rodilla izquierda, le descendía hasta los tobillos. Tocaba su cabeza alborotada un grueso e informe sombrero de lana. Reía como si le hiciesen cosquillas. Las apuestas en su favor crecían. Por Cancio, en cambio, las apuestas eran menores. Era este un niño decente, hijo de buena familia. Se mordía el labio superior con altivez y cólera de adulto. Tenía zapatos nuevos.

—¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!

El tropel se sumió en un silencio trágico. Leonidas tragó saliva. Cancio no se movía de su guardia, reduciéndose a parar las acometidas de Juncos. Un puñetazo en el costado derecho, esgrimido con todo el brazo contrario, le hizo tambalear. Le alentaron. Recuperó su puesto y una sombra cruzó por su semblante. Juncos, finteando, sonreía.

Cancio empezó a despertar mi simpatía. Era inteligente y noble. Nunca buscó camorra a nadie. Cancio me era simpático y ahora se avivaba esa simpatía. Leonidas también estaba ahora de su parte. Leonidas estaba colorado y se movía nerviosamente, ajustando sus movimientos a los trances de la lucha. Cuando Cancio iba a caer por tierra, a una puñada del héroe contrario, Leonidas, sin poder contenerse, alargó la mano canija y dio un buen pellizcón a Juncos. Yo le dije:

—Déjalo. No te metas.

—¡Y por qué le pega a Cancio! —me respondió, poniéndose aún más colorado. Bajó luego los ojos como avergonzado.

La lucha se encendió en forma huracanada. A un puntapié trazado por Juncos, a la sombra de un zurdazo simulado, respondieron los dos puños de Cancio, majando rectamente al pecho, a las clavículas, al cuello, a los hombros de su enemigo, en una lluvia de golpes contundentes. Juncos vaciló, defendiéndose con escaramuzas inútiles. Corrió sangre. De una pierna de Cancio manaba un hilo lento y rojo. La tropa lanzó murmullos de triunfo y de lástima.

—¡Bravo! ¡Bravo, Juncos!

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo, Cancio!

—¡Uyuyuy! ¡Ya va a llorar! ¡Ya va a llorar!

—¡Déjenlo! ¡Déjenlo!

Volaron palmas. Crujió un despecho en alto.

Cancio se enardecía visiblemente y cobró la ofensiva. De una gran puñada, asestada con limpieza verdaderamente natural, hizo dar una vuelta a la cabeza contraria, obligando a Juncos a rematar su círculo nervioso, poniéndose de manos, a ciegas, contra el cerco de los suyos. Entonces sucedió una cosa truculenta. Un niño más grande que Cancio saltó del rondel y le pegó a este y un segundo muchacho, mayor aún que ambos, le pegó al intruso, defendiendo a Cancio. Durante unos segundos, la confusión fue inextricable, unos defendiendo a otros y aquellos a estos, hasta que volvió a oírse

estas palabras de alerta, que pusieron fin al caos y a los golpes:

—¡El profesor! ¡El profesor!...

Juncos estaba muy castigado y parecía que iba a doblar pico. El humilde granuja, al principio tan dueño de sí mismo, tenía el pabellón de una oreja ensangrentado y encendido, a semejanza de una cresta de gallo. Un instante miró a la multitud y sus ojos se humedecieron. El verle, trajeado de harapos, con su sombrerito de payaso, el desgarrón de la rodilla y sus pequeños pies desnudos, que no sé cómo escapaban a las pisadas del otro, me dolió el corazón. Al reanudarse la pelea, di una vuelta y me pasé a los suyos.

Acezaban ambos en guardia.

—Pega...

—Pega nomás...

Juncos hizo un ademán significativo. El verdor de las venas de su arañado cuello palideció ligeramente. Entonces le di la voz con todas mis fuerzas:

—¡Entra, Juncos! ¡Pégale duro!...

Le poseyó al muchacho un súbito coraje. Puso un feroz puñetazo en la cara del inminente vencedor y le derribó al suelo.

El sol declinaba. Había pasado la hora del almuerzo y teníamos que volver directamente a la escuela. A Cancio le llevaban de los brazos. Tenía un ojo herido y el párpado muy

hinchado. Sonreía tristemente. Todos le rodeaban lacerados, prodigándole palabras fraternales. También yo le seguía de cerca, tratando de verle el rostro. ¡Cómo le habían pegado!

El grupo de pequeños avanzaba, de vuelta a la aldea, entre las pencas del camino. Hablaban poco y a media voz, con una entonación adolorida. Hasta Juncos, el propio vencedor, estaba triste. Se apartó de todos y fue a sentarse en un poyo del sendero. Nadie le hizo caso. Le veían de lejos, con extrañeza, y él parecía avergonzado. Bajó la frente y empezó a jugar con piedrecillas y briznas de hierba. Le había pegado a Cancio este Juncos...

–Vámonos –le dijo Leonidas, acercándose.

Juncos no respondió. Hundió su sombrero hasta las cejas y así ocultó el rostro.

–Vámonos, Juncos.

Leonidas se inclinó a verle. Juncos estaba llorando.

–Está llorando –dijo Leonidas. Le arregló el estropeado sombrero y le asentó el pelo, por sobre la oreja, donde la sangre aparecía coagulada y renegrida.

Tomado de Vallejo, César. (1967). El vencedor. En *Novelas y cuentos completos*. Lima: Francisco Moncloa Editores.

– *Relato del origen* –

El mito de Inkarrí

Tradición de los
pueblos originarios

El mito de Inkarrí

Se conoce como Inkarrí al personaje central de un mito andino poshispánico, surgido en los Andes peruanos. El mito de Inkarrí narra, con complejo simbolismo, la visión andina de la conquista española del Tahuantinsuyo, planteando la esperanza de su reconstitución tras su destrucción política e institucional en el siglo XVI. Muchos de los integrantes de los pueblos originarios creen que el mito augura que los fragmentos de Inkarrí se juntarán y formarán al nuevo Inca, renacido como cabeza del Tahuantinsuyo.

Versión de Mateo Garriaso, cabecilla del ayllu de Chaupi, ciudad de Puquio, provincia de Lucanas, departamento de Ayacucho, recogida por Arguedas en 1953.

Dicen que Inkarrí fue hijo de una mujer salvaje. Su padre dicen que fue el Padre Sol. Aquella mujer salvaje parió a Inkarrí que fue engendrado por el Padre Sol.

El Rey Inca tuvo tres mujeres.

La obra del Inka está en Aqnu¹. En la pampa de Qellqata está hirviendo, el vino, la chicha y el aguardiente.

Inkarrí arreó a las piedras con un azote, ordenándolas. Las arreó hacia las alturas, con un azote, ordenándolas. Después fundó una ciudad.

Dicen que Quellqata pudo haber sido el Cuzco.

Bueno. Después de cuanto he dicho, Inkarrí encerró al viento en el Osqonta, el grande. Y en el Osqonta pequeño amarró al Padre Sol, para que durara el tiempo, para que

¹ Vestidos ceremoniales o lugar donde se realizan ceremonias, según Holguín. La pampa de Qellqata es una meseta, a 4000 msnm; se encuentra a unos 30 km de Puquio. Todos aseguran que en la pampa existe un manantial hirviendo de aguas termales [nota del traductor].

durara el día. A fin de que Inkarrí pudiera hacer lo que tenía que hacer.

Después, cuando hubo amarrado el viento, arrojó una barreta de oro desde la cima de Osqonta, el grande. «Si podrá caber el Cuzco», diciendo. No cupo en la pampa de Quellqata. La barreta se lanzó hacia adentro, «No quepo», diciendo. Se mudó hasta donde está el Cuzco.

¿Cuál será tan lejana distancia? Los de la generación viviente no lo sabemos. La antigua generación, anterior a Atahualpa, la conocía.

El Inka de los españoles apresó a Inkarrí, su igual. No sabemos dónde.

Dicen que solo la cabeza de Inkarrí existe. Desde la cabeza está creciendo hacia adentro: dicen que está creciendo hacia los pies.

Entonces volverá, Inkarrí, cuando esté completo su cuerpo. No ha regresado hasta ahora. Ha de volver a nosotros, si Dios da su asentimiento. Pero no sabemos, dicen, si Dios ha de convenir en que vuelva.

Edmundo Bendezu Aybar (ed). (1980). Mito de Inkarrí (1). En *Literatura quechua*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Región
La selva

– Poesía –

Orilla
Nuestros archivos
A veces los ríos

Ana Varela Tafur

La selva

Ubicada al este de la cordillera de los Andes, es la región que ocupa la mayor extensión de la superficie territorial del país (cincuenta y siete por ciento). Cuenta con dos zonas bien definidas. Por un lado, Rupa-Rupa o Selva Alta, donde el relieve es accidentado, boscoso y con quebradas profundas. Por otro, Omagua o Selva Baja, que es un llano amazónico de relieve uniforme y con exuberante vegetación tropical, surcado por el río Amazonas y sus afluentes. Ese majestuoso río, que comparte especialmente con Brasil, nace en las alturas del departamento de Arequipa y tras un recorrido arduo y caudaloso de 6400 km, desemboca en el océano Atlántico revestido con un enorme estuario de 300 km de ancho. Es también la tierra de cuarenta y cuatro pueblos amazónicos, que seguramente llegaron a esta tierra mucho antes (cerca de unos trece mil años) de la llegada de los europeos.

Ana Varela Tafur

(Iquitos, 1963). En 1983, junto con Carlos Reyes Ramírez y Percy Vilchez Vela, fundó el importante grupo Urcututu, colectivo cultural que reunía pintores, teatristas y escritores loreanos que tenían por objetivo la reafirmación de la identidad amazónica y la denuncia social de las diferentes problemáticas sufridas en esta región. Para Ana Varela la Amazonía no solo es su lugar de origen, sino los ríos donde navegan sus ancestros y las voces de sus habitantes que merecen ser escuchadas. Con su libro *Lo que no veo en visiones* (1992) obtuvo el Primer Premio de la V Bial de Poesía Copé. Publicó *Voces desde la orilla* (2000) y *Dama en el escenario* (2001). En el 2020, editó junto con Leopoldo Bernucci el libro *Benjamín Saldaña Rocca: Prensa y denuncia en la Amazonía cauchera*. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura 2023 en la categoría poesía.



Orilla

La orilla desasida borra nuestras huellas,
el tiempo sin tiempo de las navegaciones inacabadas.
Corteza hecha polvo o sumergida entre las aguas.
¿Hacia dónde viajar con las huellas bajo las corrientes?
¿Adónde correr vacíos de patria y llenos de partidas?
Ventarrones vigilando la sagrada tez de los árboles
y huracanes lloviendo polvos de aromas y orquídeas.

Sobre nuestras cabezas atentas a los orígenes,
cantaban las aves el canto del naufragio,
cantaban los hombres el paso de sus viajes,
mientras los vientos otorgaban la incertidumbre de la hierba.

Fue así en que convenimos la geografía de las distancias.
Entonces las raíces nos arrojaban
secretos liberados desde la savia de los árboles.

Ágiles en los territorios del presagio, los dioses del monte,
vigilaban la permanencia de las sombras despiertas en los
renacos¹.

Nuestros archivos

Nuestros archivos guardados en la memoria
eran en verdad intensos caminos de las estaciones y los días.
Todo semejante a la serenidad del sol
y a las luces que descifran sombras en la oscuridad.
Nuestros pies, como los venados,
ágiles entre los montes,
corrían desde caminos calcinados por los relámpagos.

Fue así que emprendimos la marcha de los astros
y los astros nos conducían en estrellas venideras
hacia mejores destinos que los puertos lejanos.
Y en cielos de fuego,
fuimos soplo de distancias aventadas por las orillas.

Entonces abrimos trochas sin cansarnos,
sin cansar nuestros pies de arcilla y espuma,
de arenas limpias y puertos prometidos.
El Marañón corría con nosotros y sus altos prodigios
eran vastas corrientes que asombrados recorríamos.

¹ Tomado de Varela Tafur, Ana. (2000). *Voces desde la orilla*.
Liquitos: Colección Urcututu Ediciones.

Y surcando o bajando las aguas
en los requiebros de la madrugada
nuestra memoria era designio de profundidades
y de playas enterradas en las crecientes.

A eso le llamamos sabiduría guardada
en los archivos
de la luna².

A veces los ríos

En época de creciente se alejan los peces
hacia profundidades oscuras y tranquilas.
Nos dejan territorios salvados sin despedirse.
No vemos sino burbujas y caudales extendidos.
Mi casa está rodeada de agua otra vez
y las ventanas se salvan mirando al cielo.
Los ríos no son amables –ni prudentes– a veces.
Mi abuela sospecha que hay espíritus del agua
que distraen a los niños que no duermen.
«A veces los ríos son así» –dice.
Y humea con tabaco los rincones de los cuartos
para espantar malos augurios
que quieren gobernar el mundo³.

² Tomado de Varela Tafur, Ana. (2000). *Voces desde la orilla*. Iquitos: Colección Urcututu Ediciones.

³ Tomado de Varela Tafur, Ana. (2022) *Estancias de Emilia Tangoa*. Lima: Pakarina Ediciones.

– *Relatos del origen* –

La guerra de los animales

Tradición del pueblo
Kakataibo

Pueblo Kakataibo

Pueblo también conocido como Uni, su lengua pertenece a la extensa familia lingüística pano (shipibo-conibo, matsés-mayoruna, cashinahua...). En su lengua, *uni* significa 'verdaderos hombres' o 'gente'. Vive en las regiones de Ucayali y Huánuco y su lengua es hablada por unas cuatro mil personas. Dentro de la cosmovisión tradicional kakataibo, el alma de los hombres es denominada «espíritu del ojo», pues consideran que el alma reside en la pupila del ojo. También su gente compone canciones con diferentes utilidades, sea para enamorar a una persona, atraer animales o evitar un peligroso encuentro con serpientes.

Poco después de la creación del mundo, en aquellos tiempos, los guacamayos [y los otros animales] tenían todavía la forma de hombres. Como hombres vivían los pájaros [y los otros animales] con sus arcos y flechas. Pero, les faltaban las chacras. No tenían, pues, ni yuca ni plátanos. Por eso tenían que alimentarse con frutas del monte.

Cuando llegaba entonces el tiempo en que ellos ya querían convertirse físicamente en estos animales que conocemos actualmente, se dirigieron al primer hombre [Irakucha] y le pidieron: «¡Mándanos algunas semillas! ¡Mándanos palitos de yuca y machiques de plátanos para sembrar! Ya vivimos demasiado tiempo hambrientos. Ahora queremos cortar una chacra y plantar [...] Ya estamos sufriendo hambre desde hace mucho tiempo. Por eso queremos ahora plantar plátanos, yuca y caña de azúcar. ¡Regálanos entonces algunas semillas, Paisano! Nosotros no tenemos chacras, pues. Por eso no podemos comer yuca».

Cuando ellos le pidieron así, Irakucha les mandó algunas de sus semillas, palitos de yuca y máchiques de plátanos, pero, antes de mandárselos, los quemó en su candela [ma-lográndolos así].

Cuando los animales se dieron cuenta que Irakucha les había mandado semillas que no servían para nada, se enojaron y se juntaron todos para atacar y matarlo.

En los preparativos de su ataque querían enderezar sus flechas. Pero no tenían candela para calentarlas. El loro Chërësë se ofreció entonces a robar el fuego del Irakucha. Se fue hacia donde el Irakucha y llegando allá se sentó al lado de la candela. Se sentó inclinado muy cerca a la candela y gritaba como de pena: «¡Chë-ë-ë-së, Chë-ë-ë-së!». Entonces le dijo Irakucha: «¡siéntate más allá! No te acerques tanto a la candela». Pero Chërësë no le hacía caso inclinándose aún más hacia la candela, gritando: «¡Chë-ë-ë-së!»

Entonces, en un momento oportuno, agarró Chërësë una rama ardiente de la candela del Irakucha y con la rama en su boca, volaba hacia donde le esperaban los otros animales. «¡Les traigo la candela!», gritaba. «¡Bótala, bótala!», respondieron los otros. Pero Chërësë ya tenía esta rama ardiente demasiado tiempo en su pico, y se lo quemó. [Por esto tienen los loros su pico un tanto curvado] «¡Me he quemado mi pico!», dijo después de entregar la candela a los otros animales.

Entonces enderezaron sus flechas sobre la candela robada, en preparación de su ataque al Irakucha. Después cavaron un túnel para acercarse a la casa de Irakucha sin que este se diera cuenta, y cuando llegaron allá, salieron de su túnel, se echaron sobre Irakucha y lo mataron.

Eso lo hicieron porque ya tenían ganas de cambiar su apariencia física y empezar su vida como animales, porque (aunque con cuerpos de hombres) no lo eran verdaderamente. Por eso no solamente mataron al Irakucha para robarle sus productos de la chacra; sino lo comieron y chuparon su sangre. Por su deseo de volar hacia los topes de los grandes árboles y vivir su vida propia allá, mataron las aves y otros animales a Irakucha.

Entonces se pintaron los guacamayos rojos su cuerpo con la sangre de Irakucha, mientras que las palomas y punchalas se pintaron solamente sus pies. Panguana se pintó con la ceniza de los huesos del Irakucha, mientras el tucán se robó su cuchillo de paca (que se convirtió después en el pico tremendo de este animal). La carachupa se llevó unos pedazos de una batea, los cuales se transformaron después en sus tremendas uñas y el añuje se llevó un pedazo de un arco quebrado del Irakucha que se convirtió después en su columna vertebral.

Todos los animales se pintaban con la sangre del Irakucha o se llevaban algunas de sus cosas, por las cuales hoy se caracterizan y se distinguen de los demás.

El paujil se llevó una concha del adorno del Irakucha que trae en la actualidad sobre su pico. Los tucanes y pinchas se llevaron los picos de las flechas, los cuales se transformaron después en sus picos puntiagudos y el pahua se pintó con una pintura blanca que el Irakucha tenía en su casa.

Los animales mataron a Irakucha y se lo comieron, pintándose con su sangre y llevándose sus posesiones. Por eso se convirtieron sus cuerpos en las formas bajo las cuales los conocemos actualmente. A las aves les crecían sus plumas y volaron hacia los topes de los árboles altos. Los tucanes, paucares, guacamayos y palomas, todos ellos volaron hacia arriba para vivir en los altos árboles.

Tomado de Ministerio de Cultura de Perú. (2017). *Relato kakataibo: La guerra de los animales*. En *Los pueblos shipibokonibo, isconahua y kakataibo*. Serie Nuestros pueblos indígenas, n.º 3. Lima: Ministerio de Cultura de Perú.

– *Relatos del origen* –

El tigre y el kirikincho

Tradición del pueblo
Ashaninka

Pueblo Ashaninka

Pueblo amazónico que pertenece a la familia lingüística arawak, al igual que las lenguas matsigena, yine, caquinte, yanesha y nomatsiguenga. En el Perú es hablada por aproximadamente cuarenta mil personas en las regiones de Cuzco, Junín, Pasco, Huánuco y Ucayali. Sobre su origen, ellas dicen: «Creemos que el dios Sol vivo estaba siempre arriba, antes de que fuera este mundo. Como tiene poder, desprendió una partícula de su corona que se asentó en las densas tinieblas y poco a poco formó este mundo. De ahí crecieron las plantas y todas las cosas que hemos visto. De ahí salimos nosotros, los Ashaninka».

[Contado por Juan Faman Komeshori, 17 años]

Había una vez un tigre y un kirikincho. Un día, el kirikincho entonaba su quena en un cerro. El tigre escuchó y se dijo:

–¿Quién entonará su quena?

Así, un día se fue el tigre a ver al kirikincho y cuando lo encontró le dijo:

–Compadre, ¿qué haces?

–Nada –dijo el kirikincho–, solo estoy entonando mi quena.

–Oye, yo te escucho siempre allí... y qué bonito entonas tu quena –le dijo el tigre–. Yo quisiera aprender también.

El kirikincho le dijo:

–Si quieres aprender, busca una aguja y un hilo y ven un día sábado.

Entonces, el tigre se fue a su casa. Al día siguiente, llegó el sábado. Fue en busca del kirikincho y le dijo:

–Compadre, aquí he traído todos mis materiales, ¿qué me vas a hacer?

El kirikincho le dijo al tigre:

–Ven, acércate más acá... ¿Sabes? Tu boca es muy grande, la mía es bien chiquita. Lo que vamos a hacer es cosértela.

Entonces, el kirikincho comenzó a coserle la boca al tigre. Y cuando terminó, dijo:

–Ahora ya estás listo. Ahora te voy a enseñar las notas musicales.

Cuando terminó de enseñarle las notas musicales, le dijo al tigre:

–Ya. Vete al monte, pero eso sí, ¡no vas a comer a los animales!

Entonces, así, se fue el tigre al monte. Y pasó un mes, dos meses, tres meses. El tigre enflaqueció. Estaba flaco. El tigre se dijo:

–¿Qué voy a comer?

Estaba muy preocupado el tigre. Entonces, de pronto, pasó por allí un venado y el tigre se lanzó a atrapar al venado. Cayó encima del venado y, como estaba tan débil, quedó muerto en su lomo.

Tomado de López Flórez, Carmen y Cuglievan, Gisele (eds). (2012). *El tigre y el kikirincho*. En *Asháninka, territorio, historia y cosmovisión*. Lima: Unicef; CILA-UNMS.

– *Relatos del origen* –

El brazo del diablo

[Iwanchi kuntuji ichinkamu]

Tradición del pueblo
Awajún

Pueblo Awajún

Es el segundo pueblo amazónico demográficamente más numeroso del Perú (treinta y siete mil personas), después de los Ashaninka. Junto con los Wampis, Achuar y Shuar, los Awajún pertenecen a la familia Jíbaro, que se extiende en las regiones de Loreto, Amazonas, San Martín, Cajamarca y Ucayali. La expresión awajún *shien pujut* 'vivir bien', utilizada con frecuencia, alude a la conciencia que tiene su pueblo sobre la fragilidad de las relaciones y de su intento para tornar esa fragilidad en vida, aun sabiendo lo efímero de tal tentativa.

Dicen que vivía un padre de familia con su mujer en su casa. La mujer le cuenta a su esposo que todas las noches alguien viene a tocarla y no puede saber quién es. Así que el esposo le dijo a su mujer, vamos a cambiarnos de sitio, así cuando vengan a tocarte lo atraparé y podremos saber quién es. Efectivamente, esa noche se acercaron a tocarla y el hombre estaba atento para agarrar a la persona que venía de noche a tocar a su mujer, cuando llegó la hora, el hombre agarra fuertemente del brazo a la persona que lo tocaba y se da cuenta de que era el diablo. El diablo, al verse, descubierto intenta escaparse, pero la fuerza del hombre era tan grande que logra romper su brazo.

Al día siguiente el esposo se levanta y les cuenta a sus hijos que había roto el brazo del diablo porque venía a tocar a su madre de noche, así que les indica que no cuenten a nadie que ellos tenían el brazo del diablo. El papá les dice que ha ahumado el brazo del diablo para comerlo, pero que iría al monte a buscar chonta para que puedan comerlo más

rico. El padre sale con la madre en busca de la chonta, pero se demoraban mucho. En ese momento el diablo se acercó a la casa y les preguntó a los niños si habían visto su brazo. Los niños mayores le dijeron al diablo que no lo habían visto, pero la hermana no pudo mentir y le dijo que el brazo estaba en la cocina, así que el diablo se dirigió a la cocina en busca de su brazo y se lo colocó.

Habiendo el diablo colocado su brazo, escucha a lo lejos que los esposos llegaban a la casa, pues cuando un padre está por llegar a su casa desde lejos hace sonar las aletas de los árboles avisando a sus hijos que están cerca. Los niños al escuchar esto salen corriendo a recibir a sus padres, pero el diablo, en venganza, intenta sacarle el brazo a uno de ellos. Los niños mayorcitos no se dejaban, así que agarró al hijo menor, le arrancó el brazo y se fue. Al llegar los padres, se dan cuenta de que el niño menor está sin brazo. Sus demás hijos les cuentan lo sucedido a sus padres. Así que el padre sigue los pasos del diablo para saber por dónde se había ido, hasta que por fin logra encontrar la casa del diablo.

El esposo, una vez que supo donde vivía el diablo, va en busca de sus demás familiares a contarles lo sucedido y a pedirles ayuda. Todos juntos deciden ayudarlo, se dirigen a la casa del diablo llevando leña. En la entrada de la cueva donde vivía el diablo queman muchas hojas y leña y tiran el fuego dentro de la cueva. El calor era tan intenso que

el diablo no puede aguantar y sale corriendo, pero ahí en la cueva también había niños, mujeres, adultos, muchas personas que el diablo había robado; todas logran huir, pero al diablo lo atrapan y lo amarran. Como castigo colocan al diablo amarrado boca arriba en el patio de la casa del esposo.

El calor era tan fuerte que el diablo no podía resistir, pero los comuneros en castigo iban y defecaban en la cara del diablo, también se orinaban en su cara. El diablo tenía mucha sed, pero cuando un hombre orinaba el diablo cerraba la boca, cuando una mujer orinaba el diablo abría su boca. El diablo estuvo castigado mucho tiempo hasta que el esposo decidió soltarlo porque pensó que ya había sido suficiente el castigo y que esto le serviría de consejo. El diablo salió corriendo y por la sed que tenía se tomaba el agua de las quebradas pequeñas.

* * *

Makichik muun nuwejai pujau jeen. Nuwa ujau ashig tuke tsawantai achijui tujash yakita tau. Aíshi nuwen chichajak yapajina tepesmi tiu, achipaktatus minakui achiktajai dutika dekami yakita. Kashi kanamunum, yunutuku achiktatus tuja aishmankuk antu tepau aentsu achiktatau asa minau tuke nuweg kashi achiau asa, nuniamunum iwanch tagta achiam

achiku senchi kuntunum nui wainkau iwanch nagkabau
tupikautan tuja aentsuk sin senchi asa kuntujin ichigkau.

Kashik tsawak ujau nina uchijin iwanchin kuntujin
ichigkamjai tusa tuke kashi dukun achiau asamtai tikish
ujakaipajum tiu iwanchi kuntuji awai pegkamu nunu
yuwattaji tau tuja iju achigmatai shiig yamiska yuwami tau,
muun jinkiu nuwejai iju achigmi tusa, tujash wamak tachaju.
Ukunum iwanch wantinkau jega nunik iniau uchin atumesh
wainkashmakum iwanchi kuntujish, uchi mumpakuk
uwidau waintsuji tusa, tuja yachí ekeuk uukchauwai iwanchi
kugtujig kusinum pujume, tutai waya egakma wainkau
nunik juki ekenau.

Nuna apuja wajas antuku muun jega taattak, minidaun
yaunchuk muuntak tuke awatu ajakui numi kagkapen uchi
jega pujau ii apaji minawai titi tusa uchi nuna antukag
tupikaidau apajin igkugtatus, nuniak iwanch nagkabau uchi
kuntujin ichinkatatus, mumpaku aidauk pisajaju, achikui
uchi ekeuchin, dutikak ichinkau kuntujin dutika tupikaku
nunia apaji takama wainkau Uchi ekeuchin wainkau
kuntuji ichinkamun nuniai uchiji aidau ujakaju apajin wajuk
nagkaemaki nuna. Apaji pataetuku iwanchin wajuk wemaki
tusa, Wainkau iwanchish wajinuman pujawa nuna. Aishí
deka tuwi iwanchis pujawa nuniak wejiu mina patajush
pujatsuash tusa nunik ipabau ashí muun aidau, shimutkaju

iwanchi jeeg jiin jujukian apeami tusag apedau, ekematidau kaya wanum, tuja shiig nimpantu kayak imatikaun iiwanch atsanmainchau dekapen tupikaki jinu, nunu waanmag matsatu uchishkam, nuwa muun aidau aents kasamkamu kuashat, batsatuk ashí jinuidau, tuja iwanchnak achikaju dutika jinkajaju. Dita achikag jigkajag jukiag agaa nenawaju.

Entsanum apujus pujuidau, tuja ashí aents aidau shikidau iwanchi yapin, dutikamash iwagchik umau.

Aishmag shikipataik jiinak epeu, tuja nuwa shikiamak umau iwanchik dukap tsawan pujau nuniai nuwa aishi anentaimjau akupkatatus anentaimjaestai yamaik tusa chichajuk akupkau. Iwanch jinkiu kitakai jaak nuniak entsanum tupikau yumin umantatus.

Tomado de Fondo Nacional de Desarrollo de la Educación Peruana (Fondep). (2019). Iwanchi kuntuji ichinkamu. En *Relatos ancestrales del pueblo Awajún*. Cuentos, mitos y leyendas.

La ilustradora

Carolina Bernal

Nació en Medellín. Sus padres tenían un estudio independiente de arquitectura donde ella pasaba las tardes después del colegio. A su alrededor, encontraba toda clase de instrumentos y cosas para rayar, lo que finalmente convirtió el dibujo en su gran afición.

Estudió Diseño Gráfico en la Universidad Pontificia Bolivariana y desde su graduación trabaja como diseñadora e ilustradora independiente. También hizo cursos de ilustración en la Escola Massana, en Barcelona, y durante diez años trabajó como docente en la Colegiatura en las áreas de Diseño gráfico e Ilustración. Ha estado involucrada con proyectos de carácter cultural y educativo, temas que le resultan muy estimulantes al momento de crear.

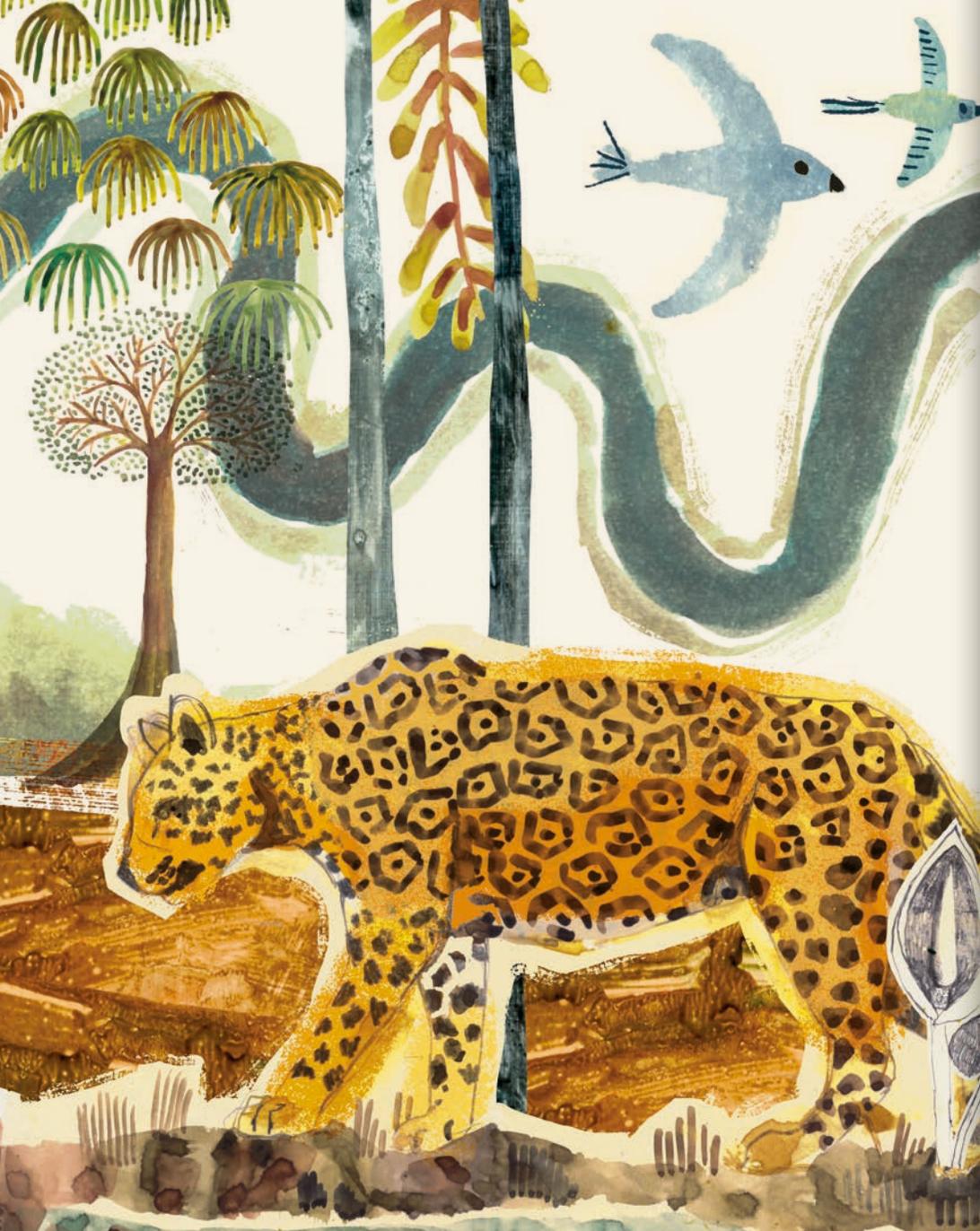
Su gran amor son los animales.



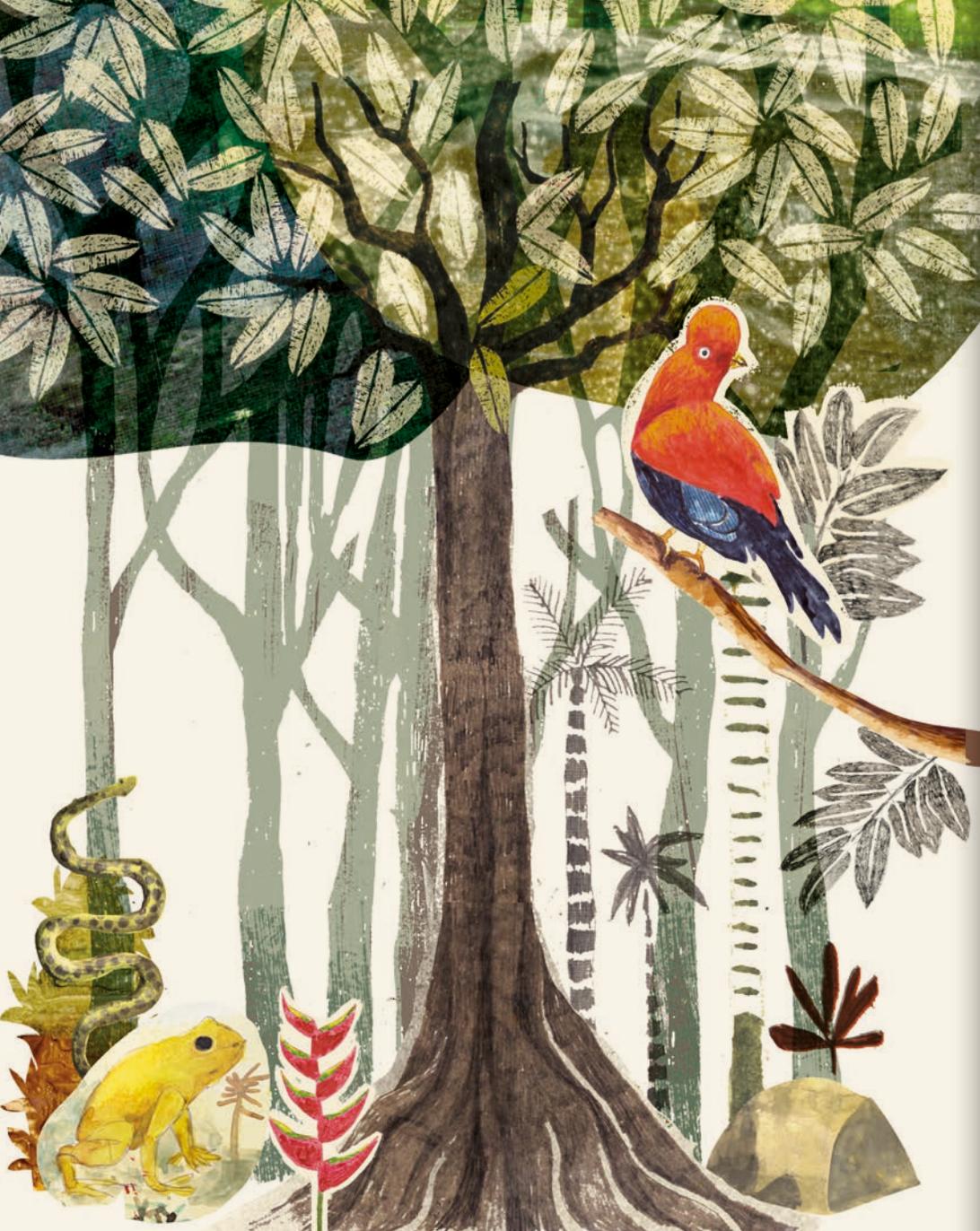
Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2023 en papel Earth Pact,
elaborado a partir de la caña de azúcar.

Medellín, Colombia.













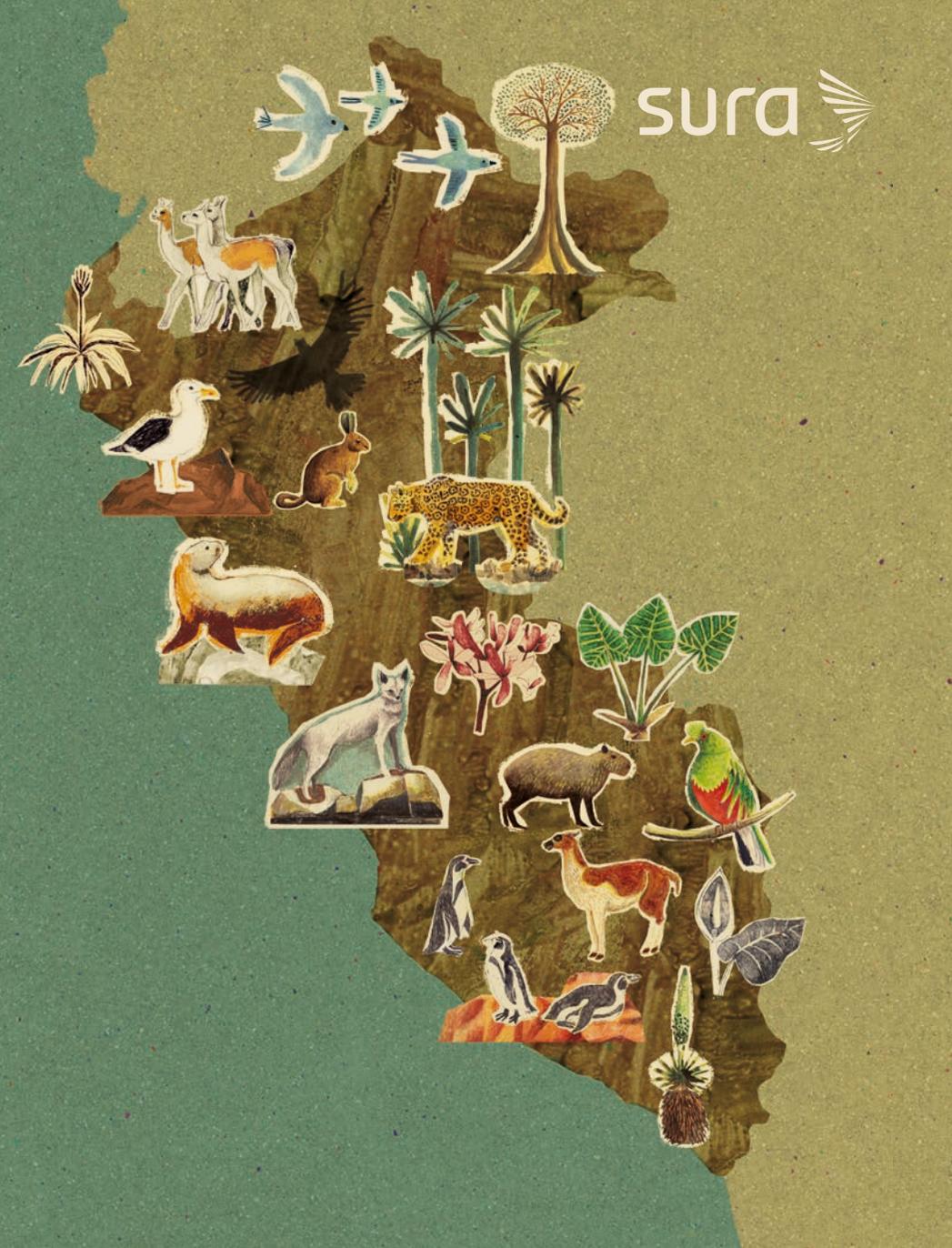
Perú cuenta

Amarilis · Ana Varela Tafur
Angélica Palma Román · Clorinda Matto de Turner
César Vallejo · Inca Garcilaso de la Vega
José María Arguedas · José María Eguren
José Santos Chocano · Lastenia Larriva de Llona
Manuel Beingolea · Pueblo Ashaninka
Pueblo Awajún · Pueblo Kakataibo
Ricardo Palma

Ilustraciones de
Carolina Bernal



Perú cuenta



Perú cuenta

Perú nos da la bienvenida a un panorama que se mueve entre las tonalidades profundas de la selva, las alturas brumosas de la sierra y la hondura del mar. Tan variados como sus paisajes son los relatos escritos a lo largo y ancho de un territorio testigo de culturas ancestrales, de la disputa entre diferentes lenguas y cosmogonías y del florecimiento de vanguardias literarias, que han hecho figurar a sus creadores entre los más sobresalientes de la región. Esta compilación trae a la memoria sonidos antiguos y recientes, que abarcan con su diversidad un país lleno de riqueza inexplorada, de misterios y claves para entender el devenir de Latinoamérica.